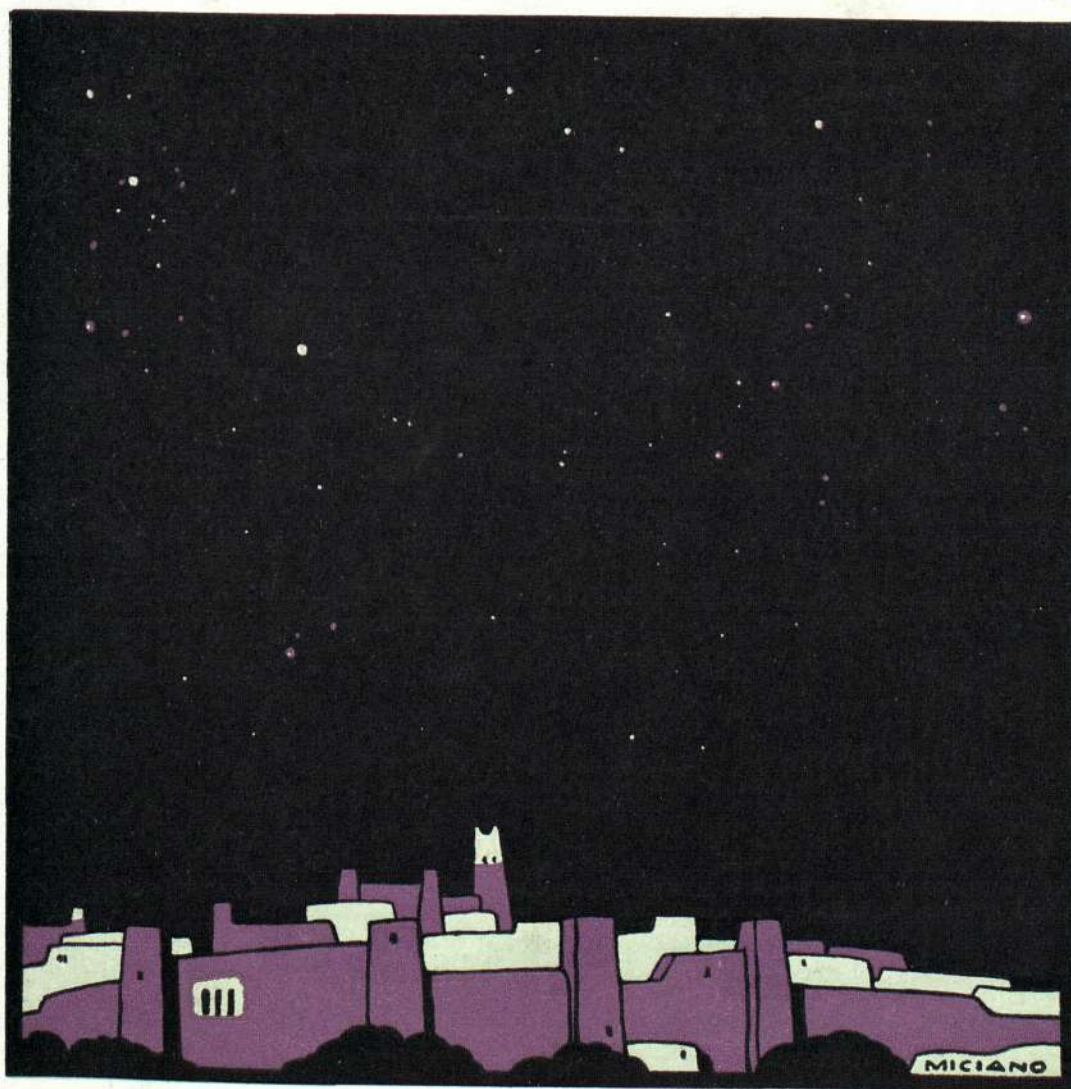


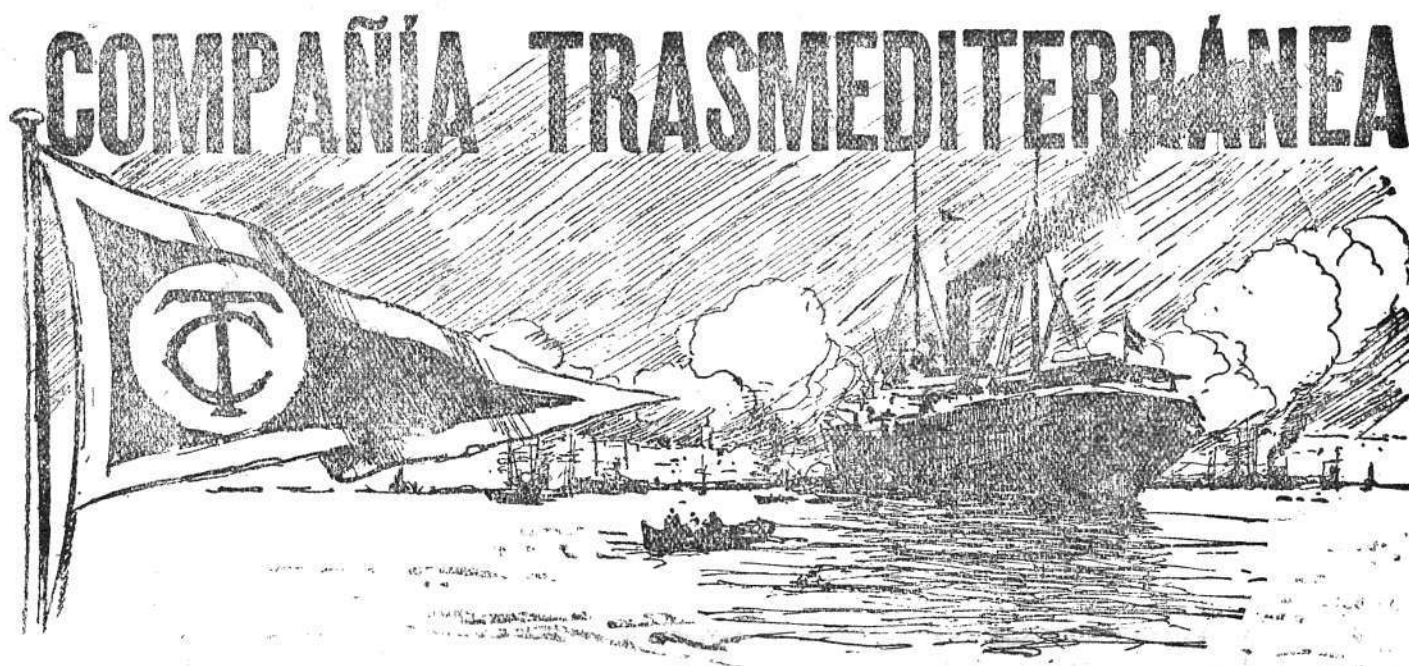
AFRICA



EPOCA SEGUNDA. AÑO UNDECIMO

AGOSTO 1935





SERVICIOS DE CORREOS

LINEA DEL NORTE DE AFRICA

De Málaga para Melilla:—Todos los días a las 22 h.
 De Melilla para Málaga:—Servicio diario a las 20 h.
 De Algeciras para Ceuta:—Dos veces al día; a las 7 y a las 15 horas.
 De Ceuta para Algeciras:—Dos veces al día; a las 10'30 y 18'30 h.
 De Algeciras para Tánger:—Servicio diario a las 14 h.
 De Tánger para Algeciras:—Servicio diario a las 8'30 h.
 De Cádiz para Larache:—Los días 1, 10, 15, 20 y 25 de cada mes a las 21 h.
 De Larache para Cádiz:—Los días 2, 6, 11, 16, 21 y 26 de cada mes, según mareas.

LINEA DE CANARIAS

Línea semanal gran Expreso de Lujo

Barcelona - Cádiz - Canarias

Salidas de Barcelona:—Los sábados a las 12 h.
 De Cádiz:—Los lunes a las 15 h.
 De Las Palmas:—Los jueves a las 24 h.
 De Tenerife: Los viernes a las 24 h.

LINEAS COMERCIALES QUINCENALES MEDITERRANEO

Cádiz-Canarias y Cantábrico-Cádiz-Canarias

Salidas de Cádiz para Canarias:—Todos los jueves a las 15 h.
 Salidas de Canarias para Cádiz:—Todos los miércoles a las 13 h.

Para más detalles, dirigirse a las oficinas de la Compañía o de sus Consignatarios en cualquiera de los puertos de España Baleares, Norte de Africa y Canarias

MADRID:—Paseo de la Castellana, 14.

SERVICIOS INTERINSULARES DE CANARIAS

LINEA DE BALEARES

De Barcelona a Palma:—Todos los días a las 21 horas (excepto los domingos).
 De Palma a Barcelona:—Todos los días a las 21 horas (excepto los domingos).
 De Valencia a Palma:—Dos veces por semana; los lunes a las 21 h. y los jueves a las 21 h. haciendo escala en Ibiza.
 De Palma a Valencia:—Dos veces por semana; los domingos a las 20 h. y los miércoles a las 12 horas haciendo escala en Ibiza.

Comunicaciones directas desde Tarragona y Alicante para todos los puertos de Baleares, y viceversa.

SERVICIO RAPIDO MENSUAL ENTRE ESPAÑA Y TERRITORIOS ESPANÓLES DEL GOLFO DE GUINEA (Fernando Poo)

Salidas de Barcelona:—El 17 de cada mes a las 16 horas; y de Cádiz:—El día 20 de cada mes a las 16 h.
 Salidas de Santa Isabel para La Península:—El día 18 de cada mes a las 19 h.

BARCELONA:—Vía Layetana, 2.

EL ESTRECHO DE GIBRALTAR

EPISODIOS PRINCIPALES DE UNA TRAGEDIA HISTÓRICA



Noviembre de 1912, tras diversas peripecias demostrativas de la incompetencia de los negociadores españoles, el nuevo tratado franco-español sobre Marruecos estaba listo para la firma. El 12 moría Canalejas asesinado por el anarquista Pardiñas. A él, que oficialmente había dirigido la negociación, pues era Presidente del Consejo, no le aliviaba de las responsabilidades contraídas el trágico final. Lo que se firmó el 27 ya estaba hecho el 12. Tampoco las disminuye la circunstancia, hartamente sabida, de que no fuera director, sino dirigido. No por García Prieto ciertamente, porque el pobre Ministro de Estado nada sabía de la materia del tratado. Fueron los técnicos del Ministerio los verdaderos negociadores, de González Hontoria a Pérez Caballero. Así como el tratado de 1902 se hizo sin la menor intervención de individuo alguno de la Carrera (León y Castillo no pertenecía a ella, y yo, su Consejero técnico, menos, si cabe el menos) así el de 1912 fué toda obra diplomática del principio al fin: una especie de desquite de la diplomacia sobre los intrusos.

He aquí el resultado:

El tratado de 1902 ya he dicho que es el mejor de la Historia de España. En él ningún diplomático puso la mano.

Y ahora añado que el de 1912, obra maestra de los ases de la Carrera, es el peor y más dañoso para España de los concertados desde el de la separación de Portugal (1668) hasta hoy, en competencia con el de Utrecht.

Pasemos a examinarlo.

II

La diferencia esencial entre ambos tratados, la que los califica y clasifica, es esta:

El de 1902 reconoce la superioridad de España en Marruecos, quedando Francia a su lado como potencia subalterna. Ambas naciones pactan de igual a igual, y España tiene las manos libres dentro de su coto marroquí. Estando en Marruecos está en su casa. No debe cuentas a nadie, ni ha de temer los rozamientos resultantes de todo condominio; sobre todo de un condominio con otro socio más poderoso, más inteligente y con una experiencia de que ella carece.

Le dá también la superioridad económica, pues le atribuye la parte más extensa y la más rica. Ya no tendrá que temer la competencia agrícola del resto de Berbería. Se salva de una amenaza grave.

Finalmente, le permite asumir el papel de gran potencia islámica en Occidente, reanudando su historia; esto es, rectificando la ruta equivocadamente seguida por la Reconquista y los Reyes Católicos.

Compárese con el tratado que Carlos 1.^o impuso a Francisco 1.^o después de Pavia, y se advertirá inmediatamente la desproporción entre ambos. El tratado de Madrid no aumenta el poder, ni la riqueza de España. El de París es toda una revolución que rompiendo con nuestras desastrosas tradiciones diplomáticas, atribuye a España un puesto de primer orden entre las grandes potencias. Podemos volver a serlo, pero esta vez con base firme, y siguiendo la orientación que nos corresponde por la Geografía y por la raza.

En el de 1904 fracaso completo. Silvela y Maura no

quieren saber de fantasías. Lo que les complace es renunciar al señorío y a la igualdad diplomática, y presentarse en la negociación como clientes del Imperio Británico. Este, a quien le hace mucha falta la colaboración de Francia, pero que no quiere tenerla por vecina en el Estrecho, le recomienda (art. VIII) que no se olvide de la pobre España, que tiene por aquella parte ciertos intereses de vecindad, amen de unas tradiciones históricas más o menos olvidadas. Y España no trata con Francia de igual a igual, sino que recibe la dádiva que por deferencia a Inglaterra le entrega Francia.—“Ya ve V. mi querido Embajador, Marruecos es mío, decía Delcassé a León y Castillo, me ha costado caro (los intereses de Francia en Egipto) y por eso puedo dar poco. Además la prensa de su país de Vd. dice todos los días que en Marruecos no se les ha perdido a Vds. nada. V. habla en nombre propio, no en el de la opinión pública española”. (Y le enseñaba recortes de la prensa madrileña).

España se quedó haciendo de *état tampon*, y subordinada a Francia en todo. De las zonas de influencia me encargué yo nuevamente, y aun pude sacar el macizo rifeño-yebala casi íntegro, con todo el alto Uarga, el Norte del Gharb y Tánger; el Tekna, el Tzrualt e Ifni en el Sur. Base suficiente para preparar una política, por si un día quería Dios que España tuviera estadistas.

El tratado de 1912 remató la catástrofe. ¡Ahora sí que Marruecos pasaba a manos de Francia! El Gobierno de la República francesa y S. M. el Sultán, estaban de acuerdo para fundar en Marruecos un nuevo régimen, introduciendo en el existente *las reformas que Francia quiera*. También se entenderá con el gobierno español en lo tocante a los intereses que nacen para éste de su situación geográfica y de sus posesiones de la costa marroquí. Tánger queda en situación especial.

Por tanto, la concesión de la zona es una obligación impuesta por Inglaterra, que a su vez impone a España ciertos deberes emanados de la servidumbre.

Francia se reserva la soberanía sobre todo Marruecos, zona española inclusive. El Sultán es el soberano civil y religioso en toda ella (art. 1.^o) A España le queda la autonomía administrativa, por favor especial. El Administrador será un *Jalifa* (lugar-teniente) del Sultán, elegido por éste de una lista de dos candidatos. España no puede enagenar, ni ceder parte alguna de la zona, ni siquiera temporalmente. (Art. V). El Residente General Francés es el órgano único de comunicación entre el Sultán y las potencias, zona española inclusive. Así se cumple lo expresamente declarado en el tratado de 30 de Marzo anterior: que Francia se reserva el monopolio de las relaciones diplomáticas. En lo financiero queda la zona afecta a los compromisos adquiridos por el gobierno marroquí.

Esto en lo político. En lo geográfico la caída es aun mayor.

La Zona por mí trazada en el Norte para el tratado de 1904, era el mínimum de lo que debíamos tener, y así se lo advertía al Gobierno en la nota que acompañaba a mi trabajo. (Mayo de 1904). Pues bien, en 1912 quedó reducida a poco más de la mitad. De 41.000 kilómetros cuadrados bajó a 21.000. Y el francés Mr. Desroches en su libro “*Le Maroc*”, comenta:

“El tratado de 1912 nos ha hecho ganar 600 kilómetros cuadrados en el Muluya medio; al Norte de Fez y Taza ganamos el valle del Uarga, esto es, unos 12.000 kilómetros cuadrados. Al Sur del Lukus ganamos un millar de kilómetros.

Añádase a esto la pérdida del Fals y Tánger.

En el Sur apenas se salvó cosa alguna. Los franceses se quedaron con Tekna, el Tazerualt y demás territorios que tenían algún valor agrícola, dejándonos reclusos en Ifni.

El conjunto de estas diversas modificaciones condujo, según se ve, a un importante aumento de la extensión de la zona francesa⁶⁶, concluye Desroches.

Las idiotizadas oligarquías políticas e intelectuales que llevaban alegremente a enterrar el porvenir de España, celebraron como un triunfo la triste ignominia diplomática. Muerto Canalejas, a quien sin duda hubieran festejado como a una especie de Bismarck español, repartieron los laureles, siendo el mayor manojito de ellos para García Prieto, Ministro de Estado. A González Hontoria no le tocó el turno de la recompensa hasta que Maura, el hombre tremendamente grande por la enormidad de sus equivocaciones, le nombró años después, Ministro de Estado.

¿Qué menos habiendo dejado tan bien probada su insuficiencia?

Lo primero que hizo la tropa de los improvisados africanistas fué arremeter en la Cámara contra el miserable tratado de 1902. Aquello sí que había sido una vergüenza y un peligro para España. Pero Maura nos había salvado. Así hablaron Rodés, Urzaiz, Gabriel Maura y Burell. A Gabriel Maura ya no le pareció tan malo el tratado de 1904, sin duda recordando que su padre presidía el Gobierno en cuyo tiempo se engendró. Y no digo que lo engendró el Gobierno, porque ya he contado que, en todo lo posible, prescindimos en París de las instrucciones que de Maura, Presidente, y de Rodríguez San Pedro, Ministro de Estado, recibíamos, por ser desatinadas. Puesto a errar no se contentó D. Gabriel con atribuir a su padre intervenciones que no tuvo, sino que se atrevió a afirmar que en el tal tratado habíamos quedado con las manos libres. En el de 1902, sí. En el de 1904, no. La tregua de 15 años por España pedida para comenzar su acción, nos dejó supeditados a Francia. Y esa tregua la pidió Maura padre, pero por 30 años. Gracias a que León y Castillo la redujo a la mitad, que si no más tiempo durara nuestra subordinación. Luego el disparate final: "Que el tratado de 1902, gran error político y diplomático, imponía la conquista de Marruecos". Pero aquí, además del disparate surge la mala fé. Preténdese espantar a la gente hispana, ignorante y asustadiza, con la perspectiva de los enormes riesgos y sacrificios que la misión que el tratado nos confería traía consigo. Si yo hubiera estado en el Congreso habría invitado al Sr. Maura a decir en que cláusula del convenio consta la pavorosa imposición con que quiso aterrorizar el auditorio. No. El tratado de 1902 no era más que una opción; una posición de preferencia. Usarla sin gastos y sin sangre era fácil, haciendo personal político capaz de comprender el problema. Lo que había que conquistar era el Majzen, y para esto, títulos, cruces, pensiones, resurrecciones históricas, bastaban. Soldados ni uno. Cuanto menos aparato militar mejor. A nuestro pacto solo un detalle le faltó: una nación detrás.

Este era mi programa. El Sr. Maura, que no veía posible la penetración en el Rif sin primero exterminar, o expulsar, a los rifeños, era un perfecto analfabeto (dicho sea sin cumplido) en la cuestión.

Respondióle Julio Burell, presidente de la Comisión que debía dar dictamen sobre el tratado. Comparado con Burell era Gabriel Maura un Karl Ritter, o Humbolt en ciencias geográficas y coloniales. Precisamente por eso había logrado la Presidencia. Cumplíase en él magníficamente la ley que guía al estado español en la elección de hombres: todos sirven para todo; por tanto no es necesario que nadie esté especializado en nada; la mejor recomendación es la incompetencia. Siempre fué así. Recordemos que Felipe II, para enmendar la plana a D. Alvaro de Bazán, que en Lisboa organizaba la escuadra con Inglaterra, envió a D. Alfonso de Leyva, encargado al Palacio de la organización de los bailes. Que luego nombró almirante de la Armada al Duque de Medina Sidonia, quien no se había embarcado nunca, y que, naturalmente, se mareó apenas se sintió mecido algunos minutos por las olas. Y, finalmente, que las tropas vencidas en Rocroy las mandaba un paisano: D. Francisco de Melo Portugal.

Burell, asombrado de la ciencia africanista de Gabriel Maura, declaró que rendía un homenaje de respeto al ilustre

orador, ante cuya sabiduría se sentía empujado, añadiendo a esta canonización científica, que de 1904 a 1912 apenas habíamos perdido territorio, y que los tratados anteriores eran aire, espuma, menos que un sueño: una quimera. Coronó su pieza oratoria con esta afirmación arrogante: "Hay que aprobar el tratado, porque es la primera vez, desde los desastres coloniales, que España gana territorio". Así, el Presidente de la Comisión ignoraba que la zona española era territorio marroquí, no español. No había leído siquiera el artículo 1.º del tratado.

Ignoraba también que las Cortes habían aprobado recientemente el relativo a la Guinea continental, que había añadido a España una comarca cuatro veces mayor que la provincia de Madrid. García Prieto, abrumado por el peso de tan entusiastas alabanzas, declara admirable el discurso de D. Gabriel Maura, y recomienda a D. Antonio que dé la cartera de Estado, en la primera crisis que pueda, a este hijo ilustre, poseedor de toda la ciencia internacional y africanista existente en España. Moret, Presidente de la Cámara, y Maura, padre de Gabriel, se abrazan, emocionados: El rebaño parlamentario aplaude frenéticamente.

Pero no quiero acabar este relato de aquellos debates memorables sin repetir la frase de un diputado ministerial, Rosellón: "Con este tratado habremos conseguido que España, que es una nación moribunda, tome a su cargo una misión tutelar, que es un elemento educativo de primer orden". ¡Un moribundo tutelando a otro moribundo, y una tutela de un agonizante elemento educativo reconstituyente! El caso era nuevo, pero no menos lo era aquella declaración de impotencia, pública y solemne, lanzada a la faz del mundo tras tantas ansias colonistas africanas.

III

Nunca había celebrado la casta directora de España con tanta solemnidad y propiedad su derrota. Nunca había lucido tan magníficamente su inferioridad mental. Nunca se vió tan auténticamente representada. Canalejas y Romanones habían querido, según nos contó "El Universo" de 11 de Marzo de 1911, que el periodismo español estuviese nutrida y lucidamente representada en aquellas Cortes, de modo que candidatura periodística que se presentó triunfó sin obstáculo. Y más de 40 intelectuales periodísticos se sentaron en los escaños rojos. Lo que hicieron, ellos y los demás, ahí queda contado. Sencillamente esto: hundieron a España, al hundir nuestra obra. Por eso, tramitado el asunto según las leyes que rigen la absurda vida colectiva española, ellos flotaron, y ascendieron y fueron glorificados, y nosotros, los dos hombres de París, nos hundimos, y fuimos arrinconados y perseguidos; sobre todo yo.

Me halló en Lisboa la noticia de la apoteosis del nefasto convenio, y de la glorificación de su autor oficial, sobre el que habían llovido 4.070 felicitaciones telegráficas y el título de Marqués de Alhucemas. Entonces, creyéndome obligado a dar alguna señal de vida en cosa que tan de cerca me tocaba, envié al estadista festejado un borriquito de cartón acompañado de una tarjeta que decía así: "Con mi enhorabuena por su bello tratadito, en el que ha tenido Vd. la habilidad de reducir a la quinta parte las zonas de influencia españolas en Marruecos que yo hice en 1904. Puede Ud. ufanarse de su obra".

Luego, mejor informado, me pesó haber puesto el despacho, García Prieto no había reducido las zonas de influencia a la quinta parte, sino a la décima.

¡Pero la casta directora de la pobre España, tan contenta! Ya tenía el Estado un nuevo comedor con que substituir a los de Cuba y Filipinas desgraciadamente perdidos. ¡Y empezaron a brotar africanistas por todas partes!

A mí no lograron los vencedores despacharme para el otro mundo, como ya conté que lo intentaron (este intento ha sido mi recompensa hasta ahora), pero me fuí al Nuevo, donde permanecí largos años.

Volví a los pocos años del desastre de Annual.

Así han marchado juntas la tragedia de España y la mía.

Gonzalo de REPARAZ

Madrid Agosto 1935.

La Batalla de Marruecos

(1907 1934)

I

1934 quedará como una fecha claramente señalada en los anales de la colonización del continente vecino. El Mogreb, "la clef" del edificio alzado por la política de expansión francesa, a las puertas mismas de la metrópoli, acaba, al fin, de quedar por entero, sin otra excepción que lo ocupado por nosotros, en manos francesas. No más que culminada esta magna empresa la propia Francia ha sellado con la construcción del ferrocarril Casablanca-Tunez, recientemente inaugurado, la solidaridad de su Imperio Norte Africano. Poco después, Lyautey, el gran artífice de la obra francesa en Marruecos, podía morir tranquilo al ver culminada una obra en la que le cupo la responsabilidad de las jornadas más difíciles.

La pacificación de Argelia le costó a Francia 17 años. Nuestra Zona de Protectorado tardó en ocuparse 18. En la ocupación del resto de Marruecos, que es como decir casi todo Marruecos—420.000 kms. cuadrados mide la zona francesa y 21.000 la española—los franceses han invertido veintisiete años; lo que va de 1907—ocupación de Uxda—a 1934.

Durante este espacio de más de un cuarto de siglo, la Batalla marroquí se ha mantenido sin treguas y sin desfallecimientos. Ni siquiera la guerra europea significó un alto en la lucha, ni un descanso en la pelea. En pocas empresas quizás como en esta se ha probado hasta la evidencia toda la verdad que encierra la famosa afirmación del Mariscal Foch; "*Victoria igual Voluntad*".

No hay porque encarecer el interés de este tema, ni la necesidad de mantener en su torno una diligente atención, cuando se escribe en esta Revista. Dos zócalos antiguos que el tiempo erosionó, constituyen los solares de ambos pueblos del Estrecho. La unidad geográfica no la ha truncado la rotura de Gibraltar. Antes de que por allí las aguas del Mediterráneo y del Atlántico se mezclaban, primero por España, al través del surco andaluz, por lo que los geólogos han llamado a este paso Estrecho norbético; luego por Marruecos, por el corredor de Taza, o Estrecho sur Rifeño, descubierto por Gentil; pero adivinado por nuestro Badía. El brazo marítimo de Gibraltar no es ni límite geográfico, ni límite histórico. Los éxodos meridionales atravesaron España, en la prehistoria, como las oleadas islámicas medievales. Los soldados berberiscos que juntamente con los iberos pasaron por España, a las órdenes de Aníbal, camino de Italia, se corresponden con los contingentes españoles que el propio Capitán cartaginés fijó en Cabo de Agua, no lejos de Melilla.

Sin embargo, Roma, cuya dominación dejó tan indelebles huellas en la Península, se contentó con montar la guardia al S. del Estrecho, ocupando lo que hoy se hubiera llamado "el Marruecos útil", y estableciendo lo que ahora diríamos la cobertura meridional de España.

La preexistencia de esa cultura septentrional del Estrecho contribuyó, sin duda, al esplendor de la civilización islámica en el mediodía peninsular, en donde brilló más fulgurante que en el Mogreb. Pero es lo cierto que, mientras en nuestra patria quedaba como huella de Roma una administración romanizada, una lengua hija de la del pueblo dominador, y la rebelión cristiana. Marruecos ha sufrido la arabización; ha recibido la lengua de su cultura y del mundo oficial de los árabes, y de ellos también el mahometismo, que tiene en el Corán no solo, como es bien sabido, el libro santo, sino también la base fundamental de todo el derecho de la sociedad islámica.

En las anteriores líneas está quizás la clave de todo nuestro desvío hacia Africa. Al principio del siglo XVIII, Inglaterra tomaba posesión de Gibraltar. Es decir del Estrecho. Poco más de un siglo después Francia se disponía a recoger nuestra herencia argelina. El Problema norte-africano, la cuestión de Marruecos más concretamente, quedaba así sometida, a la decisión de las Cancillerías. Fué inútil por nuestra parte el pretender que la cuestión marroquí se confiara con preferencia a los Diplomáticos sobre los Generales. Bugeaud, persiguiendo

do a Abd el Kader, llegó, en guerra contra el Sultán, a batirse en el Mogreb mismo.

En 1902 se nos brindó un reparto de Marruecos, que llevaba nuestros límites hasta Fez y Taza inclusive. Asombra advertir como no lo suscribimos. Dos años después Francia e Inglaterra nos brindan otra Zona mucho más reducida, apenas si limitada por el reborde meridional de la cadena rifeña. Aún en 1912, por el tratado definitivo hispano-francés se reduce más nuestra expansión territorial. Delcassé, invoca unos llamados principios de "equidad internacional", y para compensar a nuestros vecinos del zarpazo que Alemania les había dado en el Congo, España tiene que mermar aun su Zona. Más ni siquiera estos límites impuestos por el Tratado de 1912 han sido alcanzados. Francia sigue ocupando, como consecuencia de las operaciones combinadas contra Abd el Krim, parte de nuestro territorio de "jure". Tal es el caso de Beni Zerual, del entrante del Nekor, de Guezaua...

Un vistazo rápido al mapa de Marruecos nos advierte enseguida como la Cadena Rifeña y el Sistema Atlásico—integrado por la Cordillera de Gran Atlas, el Atlas Medio y el Anti-Atlas—forman la orografía del país. La primera incurvada desde el Estrecho siguiendo el reborde mismo del Mediterráneo. El sistema del Atlas, formando como una gran diagonal que separa el Marruecos oceánico del sahariano. Entre el sistema atlásico, más propiamente entre el Atlas Medio y la Cadena Rifeña, queda una angostura, por la que corrió un mar terciario; el boquete de Taza, verdadera puerta de toda relación continental del Mogreb con el resto de Berbería. Y mientras que el país aparece aislado del Mar Mediterráneo, por los taludes rígidos de la cadena Rifeña, al Atlántico se abre, por los llanos y mesetas de los viejos reinos de Fez y Marraquex, en 450 kms de litoral, desde Kenitra a Mogador.

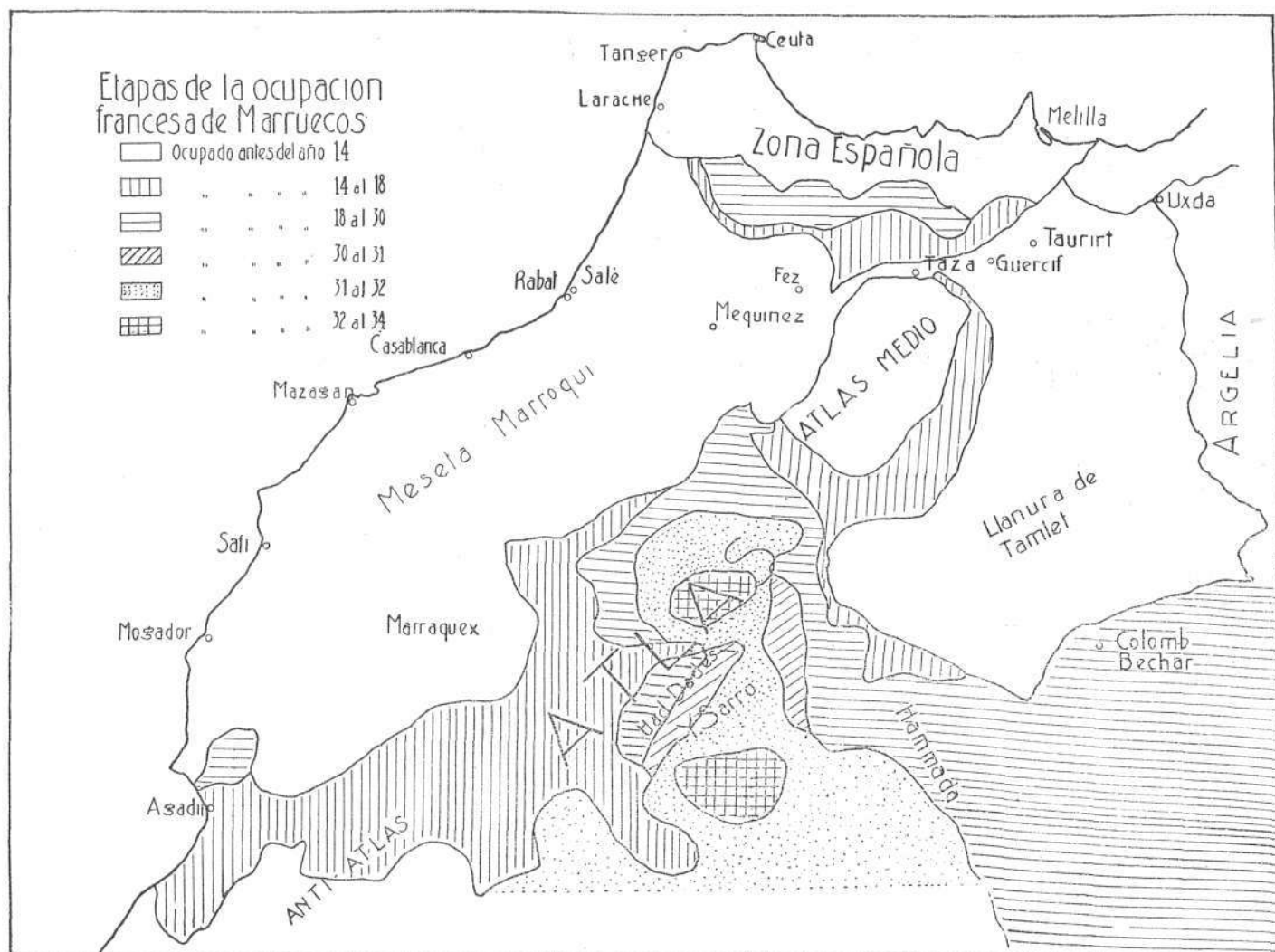
Semeja, pues, en tal aspecto Marruecos, como un embudo que abre su parte ancha al Océano, mientras que su acceso estrecho lo constituye el corredor de Taza. Este símil explica casi toda la historia de las dominaciones de Marruecos. Los romanos se extendieron por la gran puerta atlántica, siquiera fuese solo por su parte septentrional, al mismo tiempo que penetraron por el postigo de Taza.

Este corredor de Taza fué también utilizado por los suevos. Tal fué, así mismo, el umbral que franqueó el paso de los árabes. En Marruecos se ha llamado a ese acceso "Treck es Sultán"—camino de los Sultanes—. Y Francia que lo acaba de surcar con una gran vía férrea que lleva desde el Golfo de Sirte a las orillas del Océano, ha bautizado esa línea con el nombre de "Ruta Imperial".

Ese símil explica también el obstáculo secular que España encontró para extender su expansión desde los "presidios" costeros, ya que el litoral mediterráneo está doblado por el espinazo rifeño. En cambio fué más fácil y menos cruenta expansión, aunque también más breve, la de los portugueses, que, pueblo marítimo, había buscado su acceso desde el Océano, jalonando la base de partida desde Ceuta hasta Mogador con diferentes puertos y consiguiendo el acatamiento incluso de algunos Caides del Haus y de Dukala en el interior.

Los franceses emprendieron la ocupación de Marruecos a la vez por ambos extremos, por el postigo continental, el corredor de Taza, y por la gran puerta atlántica. Efectivamente, al asesinato del Dr. Mauchamp responde Francia ocupando Uxda, embocadura oriental de aquel corredor. Y a los sucesos de Casablanca, contesta desembarcando en ella el Cuerpo expedicionario que manda el General Drude. Todo sucede en 1907. La elección, bien de acuerdo con la geografía y con la historia, no podía ser más afortunada. D'Amade, consigue enseguida dominar la Chauia. Mientras que nosotros pugnábamos por salir

ooo



hacia el interior desde nuestras plazas de Ceuta y de Melilla, en 1911. Mequinez y Fez eran ocupadas por los franceses, que no tienen más contratiempo grave que los sangrientos sucesos que se desarrollan en esta última ciudad, lo que provoca la abdicación de Muley Hafid y la llegada del General Lyautey. La situación se restablece. Tras la meseta septentrional, la meridional queda dominada. Mangin, bate al Hiba y entra en Marraquex. Con 7.000 hombres dominan los franceses todo el amplio teatro comprendido entre esta población y Mogador, es decir, un frente de 300 kms. Un efectivo diez veces superior era menester, a la sazón, para dominar la meseta de Fez.

El 17 de Mayo de 1914, la columna del General Gouraud procedente de Fez y la del General Baumgarte, que venía desde Uxda, se dan la mano en Taza. "La mancha de aceite" de Lyautey, penetrando a la vez por el postigo continental y por la gran puerta oceánica, amenaza ya invadirlo todo.

Desgraciadamente para Francia pocos días después surgía la guerra europea.

En aquellas horas de trance angustioso para el mundo entero, la zozobra en Marruecos pasó de todo límite. El 27 de Julio del nefasto 1914 dos telegramas, que han quedado como piezas de indudable trascendencia histórica en la obra de la pacificación del Mogreb, fueron cursados, con intervalo de una hora, desde París al Residente General. El primero, del Ministro de Estado, ordenaba el repliegue a la costa, limitándose a apuntar como un "desideratum" el conservar la comunicación Uxda-Taza-Fez-Mequinez-Kenitra. Todos los puestos avanzados habrían de ser evacuados. Para asegurar la vida a los europeos del interior se preveía su traslado a la costa.

El segundo despacho, del Ministro de la Guerra, acusaba menor nerviosismo. Se dejaba al general en libertad de acción; pero se pedía con urgencia la cooperación del Ejército de Marruecos en la defensa del suelo metropolitano. No era ya el envío de los cuatro Batallones y las cuatro secciones de ametralladoras, cuya repatriación se había previsto con el sesgo de los asuntos europeos. Ahora la petición se extendía a la "totalidad" de los batallones de Cazadores, de zuavos, de infantería colonial, de tiradores argelinos y de las baterías de campaña. ¡La suer-

te de Marruecos,—y lo que importaba más, la de Francia— se decidiría en Lorena!

Se excluían, ciertamente, en la petición a los tiradores marroquíes. Pero en definitiva ¿no era más peligroso que prudente el confiar a tropas reclutadas en el propio medio de la ocupación, la tarea de realizar ésta y consolidar la pacificación?

La gran fortuna para Francia fué la fría y certera resolución de Lyautey. Conocedor éste del grave yerro que en la Historia de las dominaciones significa el principio de la ocupación restringida, lección repetida en la campaña de Argelia; recordando sin duda todo el mal que encierra, al decir de un ilustre Capitán español, "la retirada ante moros y turcos", optó por conservar sus líneas, y aún extenderlas poco a poco, sin perjuicio de embarcar para la metrópoli efectivos diez veces superiores a los que habían sido previstos antes de la guerra. Retroceder una pulgada habría sido efectivamente el desastre. El Consejo de Guerra reunido el 30 de Julio.—generales Gouraud, Henrys y Brulard, Coroneles Peltier y Gueydon de Dives—no hizo sino confirmar esta decisión.

Desde 1914 a 1918, en lo militar, la obra de Lyautey se limitó, y no era ello poco, a mantener la armadura de la ocupación, muy debilitada por el envío de tantos contingentes a Europa. En la batalla del Marne ya intervinieron tropas marroquíes. Los soldados de Lyautey luchaban así en Europa cuando el Mogreb no estaba ni siquiera medio conquistado. (163.000 kms² ocupados, 257.000 kms. que faltaban por serlo). Doce siglos antes, Musa no vacila tampoco en llevar la guerra a Europa y conquistar a la Península, sin más que dominar esta misma parte del Mogreb que Lyautey llamó luego "Marruecos útil".

Incluso durante los años mismos de la guerra europea Lyautey consigue irradiar la acción militar estableciendo nuevo contacto entre el Marruecos occidental y el oriental hacia Kasba el Majzen y Ksiba, rodeado el Atlas Medio, cuya residencia constituyen "la mancha de Taza".

Pero con todo lo que derrocha el General Lyautey, principalmente en esta crítica etapa de la ocupación marroquí, es habilidad política. La consigna es "garder le sourire", man-

tener "la fachada exterior" y dar, sobre todo al indígena la sensación de continuar". La principal herramienta de la obra de estos años es más que las armas, el útil del trabajo. Se atenuó la movilización y muchos colonos franceses fueron retenidos en sus fincas en vez de enviarlos a la Champaña. Las obras públicas se fomentaron intensamente. "Cada taller que se abre —decía el propio Lyautey— me economiza un batallón".

Entonces también se intensifican las obras de los puertos, entre ellos el de Casablanca, cuyo tráfico se triplica durante los años de la guerra europea, y el de Kenitra, que de un villorrio pasa a convertirse en un importante puerto comercial, llamado hoy, justamente, Port Lyautey.

Casablanca inaugura una exposición, en 1915, el mismo año de las batallas de ruptura de Francia; Fez tiene su feria, coincidiendo con la "ruée" de Verdun, en 1916. Al otro año, simultáneamente con las angustias de la guerra submarina, la celebra Rabat. Era el "gesto de guerra" marroquí...

Terminada con la guerra europea la dura prueba a que se había sometido la obra de la pacificación marroquí, la fórmula del «Marruecos útil» se trueca por la del «Marruecos indispensable», y luego por la del «Marruecos integral».

La acción militar se desarrolla normalmente cuando surge un serio percance; la rebeldía de Abd el Krim, y su irrupción frente a la débil línea del Uarga. Pero ahora ya libre la metrópoli acude en socorro de Marruecos y en septiembre de 1925 los franceses reúnen a las órdenes de Pétain, solamente en el Norte de Marrueco, siete Divisiones, lo que representan por lo menos más de 100 Batallones y cerca de 60 baterías. La cooperación franco-española triunfa sobre el cabecilla, y desde entonces la progresión militar francesa es continuada e interrumpida, ¡Curiosa paradoja! Mientras que Lyautey, un militar, prefiere o si se desea se ve forzado a dar preferencia a la política sobre la acción de las armas, son luego los hombres civiles, como Steeg, como Saint, como Ponsot, que los dan preferencia al empleo de las segundas sobre la primera. Se dirá que mas ha sido ello así por imperativo de las circunstancias, que por otra cosa. Pero lo que importa es señalar bien a las claras que una u otra la norma, ni las armas excluyeron jamás a la acción política, ni esta a la de aquellas. ¡Todavía la vieja fórmula romana de «ense et aratro» no ha perdido actualidad!

Después de reducido Abd el Krim, Francia pudo dominar «la mancha de Taza». El ritmo de la ocupación se acelera a partir de esta fecha. Se lucha a la vez en tres frentes; contra los adversarios del Gran Atlas, contra los nómadas del Anti Atlas, y contra los merodeadores de la región sahariana.

La política de los grandes caídos—que no se crean, si no que se aprovechan—facilita la expansión en el frente de Marrakech. La sumisión de las cabilas del M'tugui, las de los Ida U Tanan y Seksuat, incluyen el Protectorado a mas de 13.000 familias. En el Atlas, de Loustal ocupa, en pleno invierno, las fuentes de Muluja.

A partir de esta fecha el ritmo de la ocupación es aun mas acelerado. En 1931 y principios del año siguiente el Atlas Medio es totalmente ocupado, Tafilete, que había sido objeto de una fugaz ocupación durante la gran guerra europea, queda también en manos francesas. Nuevos contactos permiten abrir la comunicación entre Agadir y Colomb Bechar, cerrando por el Sur la zona disidente del Gran Atlas, o de los Ait Hadidu.

La reducción de esa bolsa constituye la tarea impuesta al Ejército de ocupación en 1932. La maniobra, al efecto, llevada a cabo por terrenos difíciles, cuyas cimas se levantan hasta los 4.000 metros, culmina con la ocupación de la alta plataforma de los Lagos.

En el Yebel Sarro se cierra otra bolsa disidente, en 1933. La dureza de los combates da estado parlamentario a estas operaciones. Reducida totalmente esta hernia, el Atlas Central es absolutamente dominado a su vez.

No falta de ocupar mas que la región sahariana de Marruecos. Un Decreto previsor, fechado en 1930, ponía ya a las órdenes del General Jefe de Marruecos todo el frente que se ha llamado de los confines argelo-marroquíes, guardado por contingentes argelinos, marroquíes y del Africa occidental francesa.

Perseguida la rebeldía, batida sucesivamente en Tafilete, en el Yebel Sarro, y en el codo del río Dra, se difuminó. Los principales cabecillas desaparecieron como tales adversarios. A

los franceses se entregaron El Hanafi y Belkacen N'Gadi. En nuestro puesto de Cabo Juby se presentó el Merebbi Rebbo.

Epílogo obligado de este proceso de la expansión francesa hacia el Sur, ha sido la ocupación de Ifni, por nuestro ilustre Coronel Capaz, en abril último.

La persecución señalada de las columnas motorizadas francesas, y la presencia española en Ifni, impidiendo este cobijo a la rebeldía, han puesto, pues, fin, como pusieron prólogo españoles y franceses en el desembarco de Casablanca, a la empresa larga y dura de la pacificación del Mogreb.

¡La Batalla de Marruecos ha terminado!

ooo

¿Qué representa esta victoria para Francia? Por de pronto la posibilidad de reducir sus gastos militares en Marruecos. Desde 1928 este presupuesto pasaba de los setecientos millones de francos, (de ellos 1/8 correspondían a las tropas coloniales y el resto a las metropolitanas de ocupación), mas 70 que importaban los gastos correspondientes al Ministerio del Aire.

Enseguida la utilización de los recursos económicos mogrebinos; carnes, lanas, cueros, fosfatos, cereales... (El mismo año de la guerra submarina sin cuartel, esto es en 1917, Francia importó de Marruecos 400 000 q.m. de trigo y 550.000 del resto de Berbería) Posibilidades de aceites, vinos y frutas tempranas. Y en fin petróleo, que alumbra ya en algunos puntos. (El pozo de Yebel Tselfat suministra 40 vagones diarios).

Mas todavía. Las complicaciones surgidas últimamente en la política internacional llegan en el momento mas crítico para Francia. A partir de este año que corre, los reemplazos franceses estan vacíos de gente. No se olvide que se cumple en él los veintinueve años de la declaración de la guerra europea. A los débiles contingentes franceses, hijos de la escasa natalidad del país, se añade la complicación de estas cuatro «quintas» exhaustas que comienzan a venir ahora sobre las armas.

Tal ha sido el motivo de acelerar la ocupación del Mogreb últimamente. El viaje del General Weygand, en noviembre del año 1933 se relacionó con la posibilidad de repatriar una, quizás dos Divisiones, cuando la pacificación se alcanzase.

Todavía el problema del «mansmaterial», del elemento humano, tiene para la Francia militar mayor transcendencia. La población estacionaria de la metrópoli no proporciona si no contingentes limitados. Allá de los Alpes o de Rhin, los hechos son muy diferentes. Desde Cartago y Roma, hasta Inglaterra hoy, los Estados colonizadores no han vacilado en defenderse ellos, contando con la cooperación decidida de sus dominados. Y Francia no ha sido una excepción en la regla. En 1830, fecha del desembarco en Argel, Bourmont proponía ya la creación de tropas indígenas. Veintinueve años después, 6.000 indígenas operaban en Argelia encuadrados dentro de un Ejército de 70.000 franceses. Los coloniales argelinos aparecieron ya en los campos de batalla europeos, en Froeschviller, en Wisemburgo, en Metz, con ocasión de la guerra de 1870. El hecho es bien conocido, Pero no lo es tanto la presencia de Escuadrones indígenas en la persecución de los alemanes después de la derrota del Marne.

Sin embargo un hombre civil, Hanotaux, había previsto quince años antes la intervención en favor de Francia de fuertes contingentes coloniales. Mangin, había ya hablado del valor del ejército negro. Bonnal, que dirigió durante bastante tiempo la suprema política militar gala, había apuntado el valor que para el choque definitivo habrían de tener los soldados árabes y negros...

Efectivamente, más de medio millón de soldados coloniales lucharon por Francia en la última guerra. Más de trescientos mil hombres de las colonias fueron empleados como trabajadores, en el ejército de retaguardia. Pero en el futuro estas cifras serán desbordadas. Francia reclutará soldados en todo su inmenso Imperio colonial. Singularmente en sus vastos dominios africanos. Un gran colector se encargará de reunirlos y dirigirlos a la metrópoli; el ferrocarril transahariano proyectado, que unirá el alto Volta, o el Norte de Nigeria con el Mediterráneo, y el que quizás por el Congo belga se enlazará con el Africa Austral, uniéndose cinco grandes bloques humanos populosísimos; el del Africa Meridional, el del Congo, el de Africa Central, el

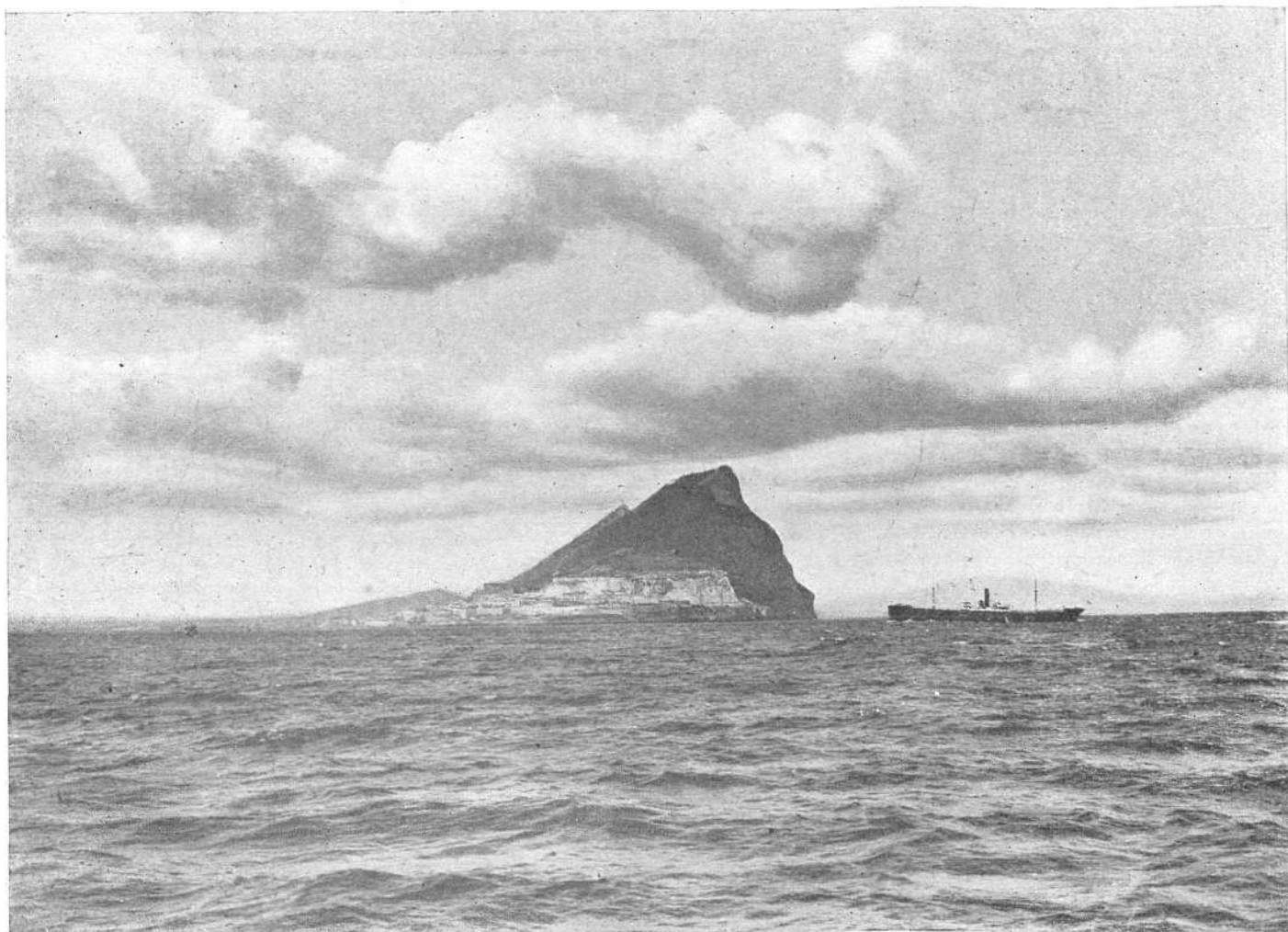
del Norte de Guinea y del de Berbería. En total cerca de cien millones de seres humanos y una gama cuantiosa de materias primas. Aunque reducida a las primeras proporciones, es decir, a la condición de meramente transahariano y no transafricano, bien que ruinoso seguramente como empresa comercial, ese ferrocarril será sin duda realidad, porque como Painlavé advirtió, «forma parte del sistema defensivo francés».

Dentro de esta hipótesis, Marruecos representa para Francia también la clave del arco de su Imperio africano, y el punto terminal de las comunicaciones de todos sus dominios de Africa. ¿El camino del Mediterráneo le será expedito? Muy posiblemente el resultado de las maniobras navales de hace dos o tres años, y de las aéreas sobre Tolón, su gran base naval mediterránea han aconsejado otra ruta. Marruecos la brinda también. Sus puertos atlánticos acaban de ser unidos por el ferrocarril con el resto de Berbería. Un camino de hierro sigue ahora la ruta histórica de las grandes invasiones, todo a lo largo del corredor de Taza. La sección desde este último punto a Fez acaba de ser inaugurada hace un año. Grandes obras de fábrica

como la del túnel del Escorpión y las del Col de Tuahar, han sido precisas para salvar la divisoria de aguas; pero todo se ha vencido. El trazado ha sido llevado cuidadosamente eliminando los radios menores de 350 metros, y las pendientes de menos de 15 ms. La velocidad comercial se cifra en 60 kms. Seis horas bastarán para ir de Uxda a Fez. En 12 se puede llegar desde Orán, en la orilla del Mediterráneo, a Casablanca, junto al Océano. Simultáneamente con esta inauguración, los marinos franceses realizaban sus acostumbradas maniobras anuales. Esta vez en aguas del Atlántico y de la Mancha. Y en el tema de las mismas se aludía al problema general de la protección de las comunicaciones...

Terminada la batalla marroquí, la magna obra para constituir la «Plus grande France», la «Francia Mayor», ha quedado así mismo conclusa. El «Imperio francés de los cien millones de habitantes» es una realidad consumada. Y es menester acostumbrarse a vislumbrar el problema militar de la defensa de Francia dentro de ese inmenso marco...

José DIAZ DE VILLEGAS



El Peñón de Gibraltar, vigilante del Estrecho.

EL ALFEREZ SANZ

DEFENSA DEL FUERTE DE SANTIAGO DE
LA ALCAZABA Y SUPUESTA APARICION
DEL APOSTOL. (20 de abril de 1697).



FINALIZABA el siglo XVII sufriendo Melilla como toda España, las consecuencias del desbarajuste gubernamental de los últimos Austria, que a pasos de gigante nos llevaba, tras de dejar exahusta la hacienda pública, a olvidar pasadas grandezas, viendo contristados, y sin ánimo acaso para reaccionar, cómo en España volvía a ponerse el Sol.

La penuria del Erario nacional hacía quebrantar los sostenimientos para el exterior, porque antes veíanse menguadas las más precisas atenciones del solar patrio. Los presidios de África, jamás suficientemente atendidos, cayeron en absoluto olvido, y ya solo quedó a sus Gobernadores y guarniciones el soportar, con la continua hostilidad de los moros fronterizos, penosos períodos de hambre y sed, incomunicados con España y bajo el temor de no poder ser atendidos en sus casi constantes apuros.

Por éstas razones, las obras de defensa ligera de Melilla que sufrían más que por las inclemencias del tiempo y su poca solidez, por los insistentes ataques del enemigo, iban perdiendo eficacia, con notoria evidencia para los moros, que dueños por entonces de las alturas del Cubo, (donde hoy tienen asiento los Fuertes de Victoria grande y del Rosario), hacían difícilísima y harto preocupante la vida de los moradores de la Plaza.

Estimándose peligrosa la defensa de la parte noroeste del tercer recinto amurallado, hacia el lado en que se levanta el Torreón de «las cinco palabras», —antes del «Veedor»,— dispuso el Maestre de Campo Antonio de Zúñiga en fines de 1696, la construcción de un Fuerte de planta triangular, en punta de diamante, cuyo lado mayor se apoyase en la cortadura occidental de la Ensenada de los Galápagos, punto medio de la línea que constituyen la Torre de la Concepción (hoy Observatorio Meteorológico) y Victoria chica, contando proteger estas obras,—que duraron más de dos años por los repetidos ataques de que eran objeto,—con los fuegos de la batería de cortina de la Concepción y los de mosquete del Torreón de «cinco palabras». Apenas terminado el foso de piedra de aquel fuerte, obra abierta a fuerza de pico, y empezados los cimientos, puestos manteletes y pipas con arena para cubrirse, lo atacó violentamente el Príncipe Muley Mohammed, hijo del Emperador Muley Ismail, que regresaba de Orán luego de castigados los rebeldes de aquella región. ¡Pensaban cosa fácil los kabileños de la redonda dar cima a este intento protegidos de la caballería del Sultán, creyendo factible repetir los favorables sucesos

de 1677 y 1679, en que fueron arruinados los Fuertes exteriores de San Lorenzo, San Francisco, Santo Tomás de la Albarrada y San Pedro de la Cantera!.....

El 30 de septiembre de 1697, como a las once de la noche, cayó la morisma desde las alturas del Cubo, precipitándose en alud sobre el Fuerte que guarneecía el Aférez Don Juan Sanz y 25 hombres más. A poco de iniciada la ofensiva, voló el enemigo los depósitos de pólvora del Fuerte, matando a 12 de sus defensores, suceso que no amilanó a aquellos bravos, siguiendo denodada lucha los restantes, animados por el heroico Alférez hasta las 4 de la madrugada, hora en que comenzaron a retirarse desordenadamente los moros, bajo el terrible fuego de mosquetería y cañón que les hacían desde las murallas de San Fernando, próximas al actual camino de la Alcazaba.

Cuando el Maestre de Campo Canal y Soldevilla, seguido de la plana mayor de la Plaza, salvó al amanecer los cien metros que aproximadamente venía a distar el Fuerte del actual Túnel de la Alcazaba, en la salida de los Galápagos, halló los fosos cubiertos de cadáveres enemigos, y en su lugar aún, cinco escalas de asalto usadas por los moros; pero no tuvo la honra de llegar a tiempo de felicitar al Alférez Sanz, de la vecindad de Melilla, alma de la defensa, porque cubierto de heridas había seguido nuestro héroe en su puesto de honor peleando espada en mano hasta dar su vida por la Patria, resistiendo animoso los siete brutales ataques de los asaltantes, logrando con su valor que ni un solo enemigo consiguiera poner pie en la débil fortaleza tan bizarramente sostenida. Esta victoria se celebró al día siguiente, fiesta de San Felipe y Santiago, con grande regocijo, haciendo salvas toda la artillería de la Plaza.

Estrada, en una obra impresa en 1748, menciona éste suceso, diciendo:

«Se tiene por muy cierto en la Plaza, que defendió el Fuerte, visiblemente, el Apostol Santiago, que juraron algunos vieron sobre un caballo blanco; cuyo milagro permanece pintado en un Quadro de la Capilla que hay en éste Fuerte; por cuyo motivo se le dió el nombre y advocación del Santo cuando se acabó, gobernando Don Domingo del Canal y Soldevilla, bien conocido por la defensa que hizo de la Plaza de Badajoz el año 1705, cuando le pusieron Sitio».

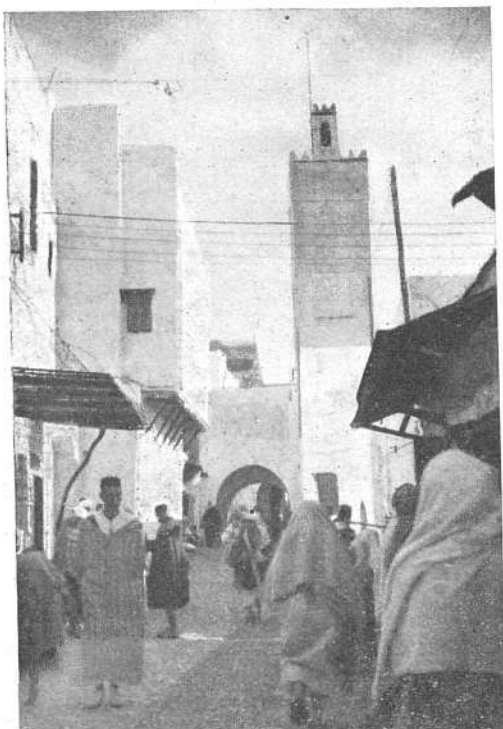
Melilla ha rendido ya el perenne homenaje a la feliz memoria del glorioso Alférez Sanz, dando su nombre a una de las calles de ésta Ciudad, testigo de las más grandes heroicidades individuales de nuestra Raza,

Rafael FERNANDEZ DE CASTRO Y PEDRERA
C. de la Academia de la Historia.
Cronista Oficial de Melilla.





Los cubos blancos y azules del caserio del barrio popular se agrupan en una confusión llena de gracia.



Al fondo de la calleja tetuani el arco, entre los altos bastidores de una decoración natural y sencilla.



El barrio europeo de Tetuán empieza aquí a nacer con los anchos bloques de sus manzanas, bien trazadas por las líneas rectas de sus calles modernas.

IMPRESIONES DE UN VIAJE A AFRICA



LA GEOMETRÍA AZUL DE TETUÁN

TETUAN no es una ciudad española con un barrio moro. Tetuán es una ciudad mora con un absurdo y abominable barrio pseudo-europeo (español por desgracia). Esta verdad la descubrí contemplando en un vuelo de avión el paisaje del Uad-el-Jelú, donde Tetuán se asienta.

La ciudad mora, tan densa de tradición y de modernidad a la vez, tan romántica y geométrica, tan misteriosa y tan clara de concepción, tan cuajada de rincones y de leyendas y tan limpia de ornatos y postizos, tan espontánea y racional en su trazado y tan escenográfica en sus perspectivas interiores, ofrece su plástica, al contemplarla desde lo alto, como una masa apretada y blanca, agrietada en cien direcciones. La ciudad así vista, da perfecta idea de cómo su interior, recóndito, sinuoso, cobijado bajo las masas de viviendas



Un rincón perdido en la sombra del barrio moro, con un resplandor azul en sus fachadas.

ASPECTOS INSOSPECHADOS DE ARQUITECTURA MUSULMANA



Esta es la joya de Tetuán, que el tiempo la fué labrando y dorando, cada vez más gentil, más airosa.

que cabalgan sobre sus callejas, brinda un refugio perfecto contra el viento y el sol, y cómo, trazada de aquella manera espontánea, constituye un bien pensado modelo urbanístico de ciudad meridional.

Sumergidos en ella, penetrada hasta lo más hondo, descubierta y poseída en todas sus más íntimas bellezas, la ciudad mora de Tetuán está llena de sombras y recogimiento, y cuando se baña en sol, ya no es sólo albura de cal lo que brilla, sino luz y color que, al descender por entre el cortejo de arcadas con que se decoran sus calles, es luz y color de transparencias azules que se refuerzan sobre el cobalto pálido de los muros y lo inundan todo de un resplandor de luna o de fondo marino.

Tetuán no es solo una pintoresca y tradicional ciudad musulmana y blanca. Tetuán es, además, una maravillosa sinfonía geométrica en azul.

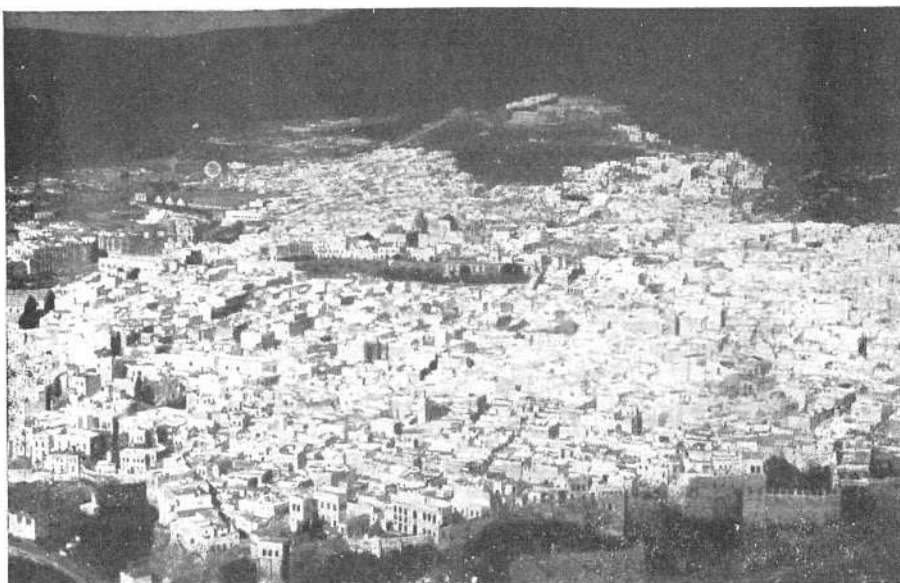
Alfonso GIMENO
Arquitecto pensionado



Cuando surge la silueta bonita de una torre, las casitas se agachan para que luzca mejor y se recorte en el frente azul.



A veces llega un poco de sol al fondo de la callecita morriña como los destellos de un faro que señala un camino.



Todo el caserío de Tetuán parece que ha rodado por las laderas de la montaña y se amontonó en el llano, formando ese laberinto de masas que es toda su gracia arbitraria.

FRENTE a la costa mora, al alcance de los ojos y casi al alcance de la mano, se divisa la fronteriza costa cristiana. Un resplandor de oro desvanece en jirones, como una neblina, entre el cielo y el mar, el repujado azul de los montes andaluces. En la sierra destaca su blancura salpicada de nieve el caserío de los cortijos. Y las lanchitas pescadoras tienden raudas sus velas de una a otra orilla y parecen gaviotas que abatieron sus alas sobre el agua. Porque una banda de gaviotas que se mecen casi embebidas en la llama del sol viene a ratos a posar la alegría de su vuelo en esas rizadas crestecillas de espuma. Y así, cada día, revive sus colores en la belleza deslumbrada del mismo paisaje, la stampa perdida de aquellos fabulosos argonautas que empezaron la historia. Y así sería entonces, así fué, en la ruta maravillosa de siempre, este mismo milagro de admiración para los ojos encantados, como un reflejo eterno de lo que vivió igual en los siglos de los siglos, bajo la señal de las mismas estrellas.

Después de Punta Bermeja, en el itinerario marítimo de Ceuta a Alcazarquivir, están Punta Blanca y Punta Benzú y la ancha bahía de Beliumex, en cuya pintoresca hondonada, al pie de la áspera vertiente roquera, se dispersan como las cuentas de un collar roto los vestigios rojizos de la ciudad árabe que todavía cita el Bekri en el siglo XI y que alzó sus palacios y sus torres y sus fortalezas con las piedras labradas de la antiquísima Exilisa, nombrada y fijada por Tolomeo. Y luego, sobre el dormido silencio de la campiña luminosa, como un dios que la guarda, la mole terrible de Yebel Musa, que cambió el viejo nombre de Abyla, el fenicio, por éste del caudillo Ben Nocerir, el árabe de la conquista de España.

Abyla, que elevó en su cima una de las Columnas y puso límite a la audacia aventurera de los nautas famosos. Y aquí parece verdad la mentira de la leyenda, que dice de Atlante que "fué convertido en esta montaña, sus huesos en piedra, su barba y cabellos en frondosas selvas, y por la voluntad de los dioses tiene que soportar el peso de los astros y del cielo". Y así es Abyla, cual la descarnada osamenta de un gigante, mal cubierta por la crespa y desgredada verdura de los matorrales y los bosques, que prenden en las hendiduras como desgarrones de su piel y mechones de su melena y sus barbas. Y ahí está perenne, eterno, el prodigioso héroe que ayudó a los Titanes, y aun levanta la cumbre encorvada de los hombros para sostener la pesadumbre del cielo, y aun no se rindieron sus rocas calcinadas por el sol de todas las edades, y aún perdura la divinidad de su origen, patente en su misma grandeza, que resistió a la furia del cataclismo que hizo saltar la cordillera y juntó los dos mares. Y ahí quedó el dios hecho piedra y la tradición convertida en esa soberbia realidad geológica...

La otra Columna era Calpe, hoy Gibraltar, el árabe Yebel Tarik, "Monte de Tarik", en recuerdo del intrépido jalifa de Musa. Y así los primitivos nombres fenicios o iberos se cambiaron en estos otros que perpetuaron el principio afortunado de la dominación musulmana en España.

Cuando los griegos llegaron al límite del Mediterráneo occidental, encontraron ya la designación geográfica con que los fenicios habían señalado los dos montes que vigilan la entrada del Estrecho. Allí vieron ya alzada las dos gigantescas columnas en honor de su dios heróico Melkar, el que les había dado la victoria sobre las tribus libias cuando arribaron a este extremo del mar interior y descubrieron el paso al inmenso Oceano desconocido. Era una remota costumbre de los tirios. Sobre dos grandes peñascos aparece también edificada la ciudad de Tiro. Dos piedras, dos montes, dos columnas, marcan siempre la gloria de sus hechos memorables. Se ve así en sus monedas y en los vestigios de sus monumentos. Hiram de Tiro, cuando construyó el templo de Salomón, erigió dos columnas de bronce en el pórtico, cada una de diez y ocho codos de alto, rematadas en dos capiteles fundidos de cinco codos, y a la una la llamó "Jokim", que quiere decir firmeza, y a la otra "Booz", que significa fortaleza, como testimonio de que la obra era digna del Rey. Ningún sitio mejor para levantar otras columnas que aquí a la entrada del mar Tenebroso, donde se rompió el misterio del límite conocido de la tierra y empezó la epopeya de los grandes descubrimientos marítimos.

La referencia más antigua de las Columnas, después de Homero, que las llamó "Columnas de Atlante", parece hallada en el periplo marsellés, que incluye "Ora Marítima", de

más de 500 años antes de Cristo. Los cartagineses Himilcon y Hanon también las conocieron y citaron en sus periplos. Avieno dice que eran "dos elevados peñascos", Abila y Calpe.

Escilax, el viajero, dice que las Columnas de Hércules están enfrente una de otra. La de Libia es baja, la de Europa es elevada. Son unos promontorios y distan entre sí un día de navegación.

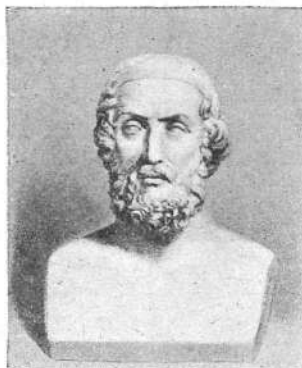
Eliano recoge la afirmación de Aristóteles de que las Columnas que ahora se llaman de Hércules antes se llamaron de Briareo. Briareo, el fuerte, que en la mitología griega es uno de los gigantes hijos de la Tierra y el Cielo.

Y Clareo de Soli también identifica las Columnas de Hércules con las antiguas de Briareo. Porque éste fué el primero que llegó, y después de él, Hércules el Tirio. Asimismo lo dicen Euforión y Partenio.

Otros les llamaban de Heracles.

Estrabón cita muchas opiniones sobre las Columnas. Dice que los iberos y los africanos las sitúan en Gades y que los griegos las colocan en la proximidad del Estrecho. Abilix es la montaña africana opuesta a Calpe, situada, según Eratóstenes, en Metagonia, país de una tribu nómada. Y que otros aseguran que son unos islotes cercanos a cada una de estas montañas.

Euctemón, el ateniense, afirma que no son las altas cimas las que llevan



TIERRA DE MOROS

LA GRUTA DE CALIPSO

estos nombres, sino dos islas que existen entre la tierra del país libio y la costa de Europa.

Artemidoro de Efeso, que viajó por el Mediterráneo y contradijo la verdad de cada geógrafo, cita las dos islas y da a una de ellas el nombre de Hera.

Avieno las señala también.

Escimno dice que las tierras que rodean el Estrecho, junto a él, son por una parte Libia, por otra el extremo de Europa. Unas islas, a uno y otro

lado, distante entre sí unos treinta estadios, son llamadas por algunos Columnas de Hércules. Una de ellas está cercana a una ciudad masaliota llamada Ménoca.

Y las dos islas, a que tanto hace referencia la geografía fabulosa, algunos de cuyos testimonios dejamos citados—se identifican ahora, según la opinión de los eruditos, la una, la africana, con la del Perejil, y la otra, la europea, con la de las Palomas. Aquella consagrada a Hércules, ésta a Hera.

Pero muchos niegan que las columnas fueran montes ni peñascos, sino columnas verdaderas, colocadas en señal de algún hecho memorable. "Eran de bronce—dice Estrabón—de ocho codos de altura y estaban en el templo de Gades". Isócrates aseguraba que se pusieron las Columnas llamadas de Hércules como trofeo de los bárbaros y como límites del país de los griegos. Y Píndaro, que las columnas las colocó Hércules, el dios, el héroe, como testimonio ilustre del límite de sus navegaciones.



Naufragio de la nave de Ulises, arrastrada hacia la isla de Calipso. (Cen Tapiz de los Gobelinos de la colección de "El Escorial")

Y así debió de ser en la realidad de la historia. Que las dos columnas de bronce las clavaran los fenicios en las dos montañas que abrían la boca del Estrecho, para dejar señalada, a su manera tradicional la meta gloriosa de sus expediciones marítimas. Y también para aviso a los demás navegantes de que allí estaba la última frontera posible—non plus ultra—y luego todos los terrores imaginables de la inmensidad tenebrosa. "Donde el rey del mar de purpúreas olas—dice Eurípides—que habita el límite sagrado del cielo, el Atlas, no da más paso a los marinos".

Después, al correr de los siglos, otras naves, otras razas, empujadas por otros vientos de conquista, cruzaron más allá y tiraron las señales de los que ya no estaban. Pero el símbolo tenía ya que subsistir para siempre en la leyenda que dejaron las viejas edades fabulosas. Nadie pudo olvidar jamás que aquí estuvieron las columnas. No se ha podido borrar de la memoria de la gente aquel dominio primero que marcó aquí el límite del mundo.

Y cuando llegaron los griegos con la imaginación cargada de cuentos de oro, se llenó de nueva luz el misterio del mar. Fué entonces como un renacer glorioso de las epopeyas invasoras. Otra vez a vivir el poema encantado de la mitología. A seguir el rumbo de "Argos" por la ruta milagrosa de las estrellas. A tender el manto del cielo sobre el lomo de piedra del rey Atlante. A robar los bueyes a Gerión. A renovar las hazañas de Hércules. A cortarle la cabeza a Medusa. A matar al hijo de la Tierra. A abrir de par en par las puertas al mar Tenebroso. A escuchar aquí, en este mismo sitio, la voz seductora de las sirenas y el arrullo de la lira de Orfeo. A buscar el tesoro de las Hespérides. A convertir cada monte en un dios y cada piedra en un templo. A crear de lo divino lo humano y de lo humano lo divino. A vestir de mentira con la maravilla de sus versos la única verdad eterna de los dioses...

Los griegos estuvieron aquí. Toda la geografía de Africa se transfiguró en sus manos como un prodigio más de las propias divinidades. Aquí el portento de sus invenciones asombrosas tenía el caudal inagotable de un país legendario que nadie conocía. Una tierra lejana y misteriosa de la que hablaban llenos de miedo los mercaderes fenicios y los navegantes de Cartago. Era el límite del mundo. Más allá, un océano inabordable, poblado de terrores y monstruos... Y ahí mismo, la gracia del poema supo hallar en la sombra de lo terriblemente desconocido, una isla, la más humilde, la más abandonada, casi perdida en los dos mares, y la transformó en el palacio maravilloso de la hija de un rey...

Está después de Punta Leona, muy juntito a la costa, como una piedra desprendida de la quebrada y pesada mole del viejo Elephas, de Estrabón, que se cayó rodando al mar cuando el cataclismo lo hizo pedazos. Los griegos le pusieron el nombre mimoso de Ogigia, porque parecía un trocito de una de sus islas cualquiera del Egeo, la patria no olvidaba jamás y vivificaba siempre en la esencia de toda su poesía. O, quizás, porque convertida en roca, como su madre Niobe, lloraba a raudales el agua de sus cuatro fuentes que "allí mismo" corrían. O tal vez por las nieblas que la envuelven en las densas calmas del mar. Hoy, no sabiendo como se llamó nunca, nuestros pescadores le dijeron del Perejil, sin duda por las hierbecillas olorosas que la cubren. Y los moros, más apegados a la tradición, la conocen por "yesira Taura", que también es de origen griego—tomado de los sirios y fenicios navegantes, que decían "tor", "sor", muralla, fortaleza,—y que luego se aplicó como designación geográfica a las "sierras" y montañas escarpadas en las cercanías del mar. Todavía, en término bereber, conservado desde aquella remotísima época, se dice al picacho o cabezo de monte que avanza sobre la costa. También al islote o arrecife utilizado por los indígenas para sus guardias de vigías.

Y Ogigia era nada menos que la mansión de la ninfa Calipso, "la peligrosa hija de Atlas, el que conocía el fondo de los mares y llevaba las fuertes columnas que separan la tierra del Urano".

Calipso, que los griegos llamaron así por haberla hallado tan "escondida". Fué una princesa de tribu bereber, dueña del ignorado país sin nombre que extendía la maraña oscura de sus selvas por toda la ribera libia del camino de las Columnas. Y en el rastro de esta vieja historia africana se descubre ya la atrac-

ción fascinadora de su suelo y florece el primor del símbolo en este bello principio del contacto con la esplendorosa civilización occidental, fecundada aquí como allí por el mito de Ogiges.

Homero, que de la historia hizo poema, lo cuenta así, poniendo en boca del divino Ulises el relato del último episodio de los guerreros de Troya:

«Hay en medio del mar una isla, Ogigia, morada por Calipso, diosa funesta de hermosos cabellos, hija astuta de Atlante, con la cual ningún dios ni hombre mortal habita. Hasta allí me condujo un daimón ¡desdichado de mí! cuando Zeus hendió mi nave ligera, lanzando contra ella luminosos rayos en medio del negro mar, y perecieron mis valerosos compañeros. Yo, abrazado a la quilla de mi nave de doble fila de remos, vagué errante nueve días, y, en la décima noche sombría, los dioses me dejaron en la isla Ogigia, donde moraba Calipso, la diosa funesta de los hermosos cabellos. Esta me acogió benévolamente, me alimentó y me dijo que me tornaría inmortal y me libraría para siempre de la vejez; pero nunca pudo llevar la persuasión al fondo de mi pecho. Allí pasé siete años y empapé con mis lágrimas los vestidos inmortales que me había dado. Más al llegar el octavo, ella misma me invitó a retornar, no sé si obedeciendo a orden de Zeus o si porque su corazón se hubiese cansado. Me envió en una balsa sujeta con cuerdas, me entregó pan y vino en abundancia, me vistió con vestidos divinos y me mandó un viento favorable y dulce. Navegué diez y siete días por los caminos del mar, y el día décimoctavo vi las umbrosas montañas de vuestro pueblo, y mi corazón fué dichoso...»

Una isla, la del Perejil, la fantástica Ogigia, fué el asidero milagroso del héroe náufrago, que así se salvó. Otras islas, también en torno al Estrecho, sirvieron asimismo de refugio a los griegos navegantes dispersos de Troya, como Ulises. Lo refiere Timeo: «y escalaron las escabrosas costas de la puerta tartesia». Igualmente se recoge la versión en el Epítome de Apolodoro: «después del saqueo de Troya... la gente de Tlepólemo abordó a Creta; entonces fueron apartados de su camino por los vientos y se establecieron en las islas ibéricas».

La historia, pues, va de la mano aquí con la leyenda. El lugar está esclarecido. Ulises estuvo en el país líbico de Atlante. Una mujer de tribu bereber lo amparó y lo ocultó en una gruta.

Pero la isla significaba también la tierra cercana. Tiro, Tartesos, Gadir, eran islas y extendían su nombre a los territorios inmediatos. Y en la verdad de la geografía, la descripción homérica del sitio concuerda exactamente con el paisaje precioso de la bahía de Belinúx. Porque Polibio mismo, al tratar de los viajes de Ulises, afirma que «nunca fué artificio de Homero lo maravilloso sin verosimilitud. Sabía muy bien que conviene, para ser creído, mezclar la invención con un poco de verdad». Y aquí la verdad parece completa.

Ved, si no, como lo pinta Homero al referir el viaje de Hermes a la hechizada y divinizada mansión de Calipso, cuando fué a interceder por la libertad de Ulises:

«Subiendo la playa, dirigióse a la espaciosa gruta que a la ninfa servía de morada. En ella estaba, radiante cual siempre de

belleza. En grandes braseros ardía entre ramas de cedro el oloroso tomillo, cuya fragancia se percibía por todas partes mientras la diosa, tejiendo una tela maravillosa, daba veloz movimiento a la lanzadera de oro, y encantaba la gruta con la melodía de su voz. Véase la mansión rodeada de antigua selva siempre verde, en la que crecían el aliso, el álamo, el ciprés que aromatiza el ambiente y otros árboles preciosos. Y allí, en sus más elevadas ramas, habían labrado su nido los reyes del reino alado, el gavián impetuoso, el ave que hiende impávida las sombras nocturnas y la corneja marina, que elevando a las nubes su grito estridente se complace en recorrer el imperio de Anfitrión. Una parra extendía sus flexibles brazos y pámpanos brillantes a la entrada de la ancha gruta, mostrando sus racimos dorados. Cuatro fuentes que allí mismo brotaban daban cauce a un riachuelo de plata, que, ora separando sus aguas, ora reuniéndolas, formaba vistosos juegos y llevaba a lo lejos el beneficio de sus ondas cristalinas. Y a uno y otro lado, hasta donde podían las ojos alcanzar, extendíase verde pradera cuyo mullido césped esmaltaban violetas y flores fragantes. Era tanta la hermosura de aquellos sitios que ni los dioses al pisarlos se libraban de su penetrante embeleso, y así fué que Hermes quedó de pronto inmóvil, abismado en encantada admiración. Al fin, después de recrear la mirada en el placentero lugar, penetró en la gruta, siendo en seguida conocido por la ninfa, porque los inmortales no se desconocen entre sí, por muy alejados que vivan...»

Esta voz del poeta ciego y mendigo resuena ahora desde una lejanía de tres mil años. Ya es tiempo para que la faz de la tierra haya cambiado sus características de entonces. En menos de ese espacio se desmoronaron por completo ciudades inmensas que parecían eternas y se disolvieron pueblos que llenaban la historia con el resplandor de su nombre. Hoy no se sabe aun donde fué Troya. Nadie ha encontrado todavía a Tarsis. Y no existen los fenicios, ni los iberos, ni los griegos. Se borra todo lo que es obra del hombre. Pero no pueden desaparecer las señales de la mano de Dios. La Naturaleza, enamorada de sí misma, guardó en su regazo de piedra el poema inmortal. Los versos divinos pueden cantar todavía la misma belleza de este rincón maravilloso de la costa de las viejas Columnas. Aquí



Itinerario, fácil y cómodo, desde Ceuta a Benzú, donde están en un paisaje maravilloso, la gruta de Calipso y las cuatro fuentes.

volverían los dioses a caer en la misma encantada admiración ante el embeleso de su misma hermosura. Todo igual para el hechizo de los ojos, por la bendición de Dios. Subiendo la playa, en lo alto, la gruta y las cuatro fuentes. La esmeralda de la pradera, empapada en el raudal de los arroyuelos. El rumor del agua por todas partes, como un eco perdido del cantar de la ninfa. El aroma del campo que embriaga. Todavía arde el tomillo. También perdura el cedro en los viejos bosques de lo más borrado y áspero de la cordillera, en la misma cuenca del Lau, apartado de la furia de las invasiones. Aun se teje la tela. La parra da verdor y frescura. La montaña, con su soberbia majestad, desgredada y rota, no se rindió por el mito de Atlante. El cielo, como el mar, azul. Todo prendido en una quietud sagrada. Un silencio de luna muerta. Parece que no está la diosa. Pero está: es la seducción. Ulises y Hermes creerían que hoy fué ayer, hace tres mil años.

Homero rompe así el encantamiento de los dioses:

«Ahora me envidiais ¡oh, dioses! —lloró Calipso— porque tengo a mi lado un hombre mortal que yo salvé y recogí, abandonado sobre una quilla, después de que Zeus hubo hendido con el ardiente rayo su nave rápida en medio del oscuro mar. Habían perecido todos sus valientes compañeros, y el viento y las olas le trajeron aquí. Yo le amé y le recogí, y me propuse hacerle inmortal y ponerle a salvo de la vejez para siempre. Pero ya que no es posible a ningún dios oponerse a la voluntad de Zeus tempestuoso, puesto que él quiere que Ulises vague de nuevo por el mar agitado, sea; pero yo no le enviaré porque no tengo naves provistas de remos, ni compañeros que le conduzcan por el ancho dorso del mar. Le aconsejaré y no le ocultaré lo que pueda servir para que llegue sano y salvo al suelo de su patria.

Y el mensajero Hermes, le contestó:

—Envíale cuanto antes y así evitarás la cólera de Zeus.

Dijo así, y el poderoso matador de Argos se elevó, y la ninfa venerada, después de escuchar las órdenes de Zeus, fué hacia donde estaba el desdichado Ulises. Le encontró sentado en la ribe-

ra, que jamás en sus ojos se secaban las lágrimas, y su dulce vida se consumía en gemir, pensando en el retorno, porque la ninfa no le era grata. Sin embargo, durante la noche dormía contra su voluntad en la cóncava gruta, junto a aquella que le deseaba; pero durante el día, sentado sobre las rocas y a la orilla del mar, desgarrando su corazón en lágrimas, gemidos y dolores, contemplaba el mar indómito y derramaba amargo llanto.

Y la diosa, aproximándosele, le dijo:

—¡Desdichado! no te lamentes más ni consumas tu vida, pues yo te dejaré muy pronto. ¡Anda! construye una ancha balsa con gruesos troncos cortados con el bronce y coloca encima de ella un banco de tabla para que te lleve sobre el mar sombrío. Por mi mano te daré pan, agua y vino rojo, que saciarán tu hambre, te entregaré vestidos y haré soplar un viento propicio a fin de que llegues sano y salvo a tu patria, si lo consienten los dioses que pueblan el ancho Urano, y que pueden más que yo por su inteligencia y su sabiduría.

Pero Ulises desconfió.

—Sepan Gea y el alto Urano y el agua subterránea de Estigia, que es el mayor y más terrible juramento de los dioses,—dijo Calipso—que no preparo tu desventura. Mi espíritu es justo y no tengo en mi pecho un corazón de hierro, sino un corazón compasivo.

La ilustre diosa echó a andar apresuradamente, y él siguió sus huellas. Y los dos fueron a la profunda gruta. Y él se sentó en el sitio de donde se levantara Hermes, y la ninfa le colocó delante aquellos manjares y bebidas de que suelen alimentarse los mortales. Ella se sentó al lado del divino Ulises y las doncellas le sirvieron ambrosia y néctar.

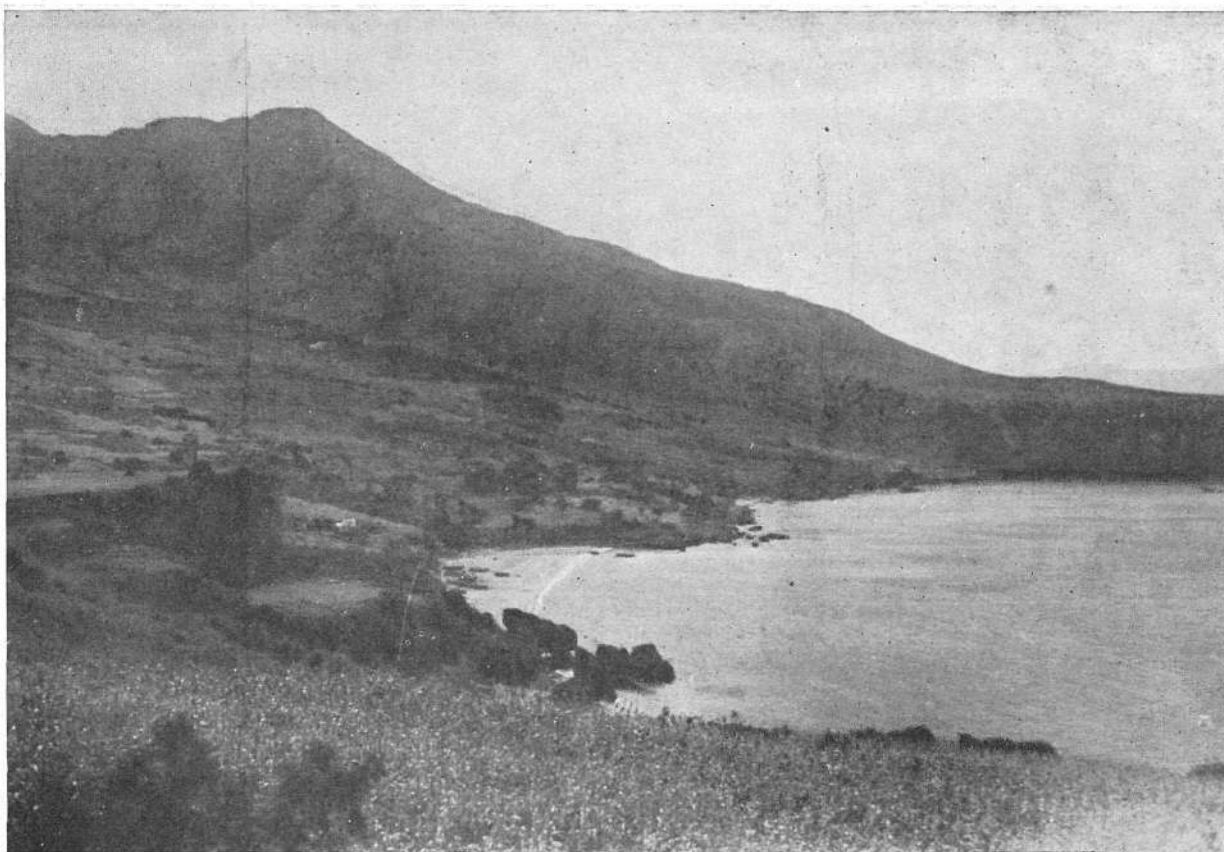
Y la diosa comenzó a decir:

—Seguramente, si te quedaras conmigo, serías inmortal, aunque estés deseoso de ver a tu mujer, de quien te acuerdas, añorante, todos los días. Me glorió de no ser inferior ni en hermosura ni en espíritu, que los mortales no pueden competir en estos dones con los dioses, que viven siempre.

Y el divino Ulises respondió:

—Diosa venerada, no te enojas conmigo. Sé muy bien que la prudente Penélope te es muy inferior en belleza y majestad. Ella es mortal y tu no conocerás la vejez; y sin embargo, quiero y deseo todos los días que llegue el momento del retorno y de volver a mi casa. Si algún dios me agobia todavía con infortunios en el mar, los sufriré con ánimo paciente.

Cuando así hablaba, declinaba Helios y llegaban las tinieblas. Los dos se retiraron a lo más profundo de la honda gruta, donde se consolaron con el amor. Y tan pronto como Eos la de los dedos rosados, hija de la mañana, se dejó contemplar, Ulises se vistió su túnica y su manto, y la ninfa se cubrió con una amplia vestidura ligera y graciosa, ciñó a sus caderas una espléndida cintura de oro y tocó su cabeza con un velo, disponiéndose a preparar la partida del héroe magnánimo. Le entregó una enorme hacha de bronce, propia para su mano, de dos filos, y un hermoso astil, hecho con madera de olivo; le entregó también una azuela afilada, y le condujo a un extremo de la isla, donde crecían árboles rollizos: chopos, álamos y pinos, que llegaban hasta el Urano, cuya madera seca flotaría fácilmente.



«...hacia donde podían los ojos alcanzar, extendiase verde pradera cuyo mullido césped esmaltaban violetas y flores fragantes. Era tanta la hermosura de aquellos sitios que ni los dioses al pisarlos se libraban de su penetrante embeleso...»

Ulises cortó los árboles y los trabajó convenientemente. Derribó veinte, los desbastó, los encuadró y alineó a cordel. Y con barrenas taladró y unió las maderas sujetándolas con calvijos y cordeles. Hizo un puente con dos vigas gruesas y labró un mástil, al que sujetó la antena. Después armó el gobernal, que protegió con zarzos de mimbre con el fin de que resistiera el choque de las olas y preparó un pesado lastre. Mientras, la diosa Calipso trajo tela para velas; que Ulises hizo con gran habilidad, y sujetó con cuerdas a la antena. Después condujo la balsa al ancho mar con la ayuda de palancas. Al cuarto día el trabajo estaba terminado, y el quinto la divina Calipso le despidió de la isla, habiéndole bañado previamente y vestido perfumadas ropas. La diosa colocó sobre la balsa un odre de vino rojo, otro mayor de agua y le entregó un saco de cuero con crecida cantidad de vituallas y le mandó un viento suave y propicio.

Y el divino Ulises, jubiloso, desplegó sus velas, y sentándose al timón, gobernaba habilmente la balsa sin que el sueño cerrara sus párpados. Y contemplaba las Pléyades, el Boyero, que se oculta tarde, la Osa, que también se llama el Carro, y gira siempre en el mismo lugar, mirando a Orión, y es la única que no toca las aguas del Océano. La ilustre diosa Calipso le había dicho que navegara dejándola siempre a su mano izquierda. Durante diez y siete días navegó sobre el mar, y al llegar al décimotavo aparecieron los umbrosos montes de la tierra de los feacios...

Se fué el héroe por el camino azul del cielo y del mar, por el rastro de la mano de Dios. Pero la tradición guardó aquí la señal de su paso. Todavía en los primeros años de nuestra era, Juba II, rey de Mauritania, siguió en su "Libyca" la huella casi perdida de la memorable aventura. Y supo que Diomedes, hijo de Ares, fué arrojado por la tempestad a la costa de Libia, a su regreso de Troya; y que cayó en manos de Lycos, rey del país, quien quiso sacrificarle en honor de su propio padre, dios de la guerra. Pero Callirrohoe, la hija de Lycos, enamorada del náufrago, logró salvarle. Después, como el mismo Ulises, el ingrato partió sin pena ninguna. Y fué entonces la infortunada princesa africana la que sacrificó su vida al amor huido.

Confusamente, después de mil años, subsistía un vestigio de la historia fabulosa, casi con los mismos caracteres del poema homérico.

Los nombres indígenas habían sido helenizados. Pero Lycos, el rey, guardó hasta hoy la raíz de su origen. Y su hija

también se llamaba Calí...

Y de más lejos aún, todavía nos llegó en la más vieja de las tradiciones de Platón, de más de ocho mil años, el eco misterioso del nombre de una princesa atlántida, Clito, que se unió a Poseidón y cedió un reino a su hijo Atlas.

Clito, kleitos, la "famosa", que no puede negar el mismo abolenigo que la otra princesa africana, Calipso, la "escondida".

Todo se identifica aquí con el país bereber de la ri-

bera del Estrecho. Sin duda ninguna. Geográficamente está ya situado con exactitud. Atlas, Atlante, tiene raíz berberisca. La bahía de Beluunex conserva todos los elementos seductores de la descripción homérica del paisaje. Está ahí la gruta con las cuatro fuentes. Hay que subir desde la playa. Las Pléyades, Boyero y la Osa Mayor, a la izquierda, marcan, en octubre, un rumbo náutico. Solo entre las costas españolas y marroquíes se puede navegar hacia Levante durante muchos días sin dejar nunca de ver el Norte a la mano izquierda del piloto. Pero aquellos bereberes de la tierra de las Columnas, como los anyerinos de hoy, no fueron nunca navegantes. Calipso confiesa que no tiene naves provistas de remos ni compañeros prácticos que puedan conducir a Ulises por el ancho dorso del mar. Y le advierte, temerosa, que no sabe si podrá librarse de los dioses que pueblan en ancho Urano—de raíz berberisca, padre del Océano, abierto por los fenicios—y que pueden más que ella por su inteligencia y su sabiduría. Y no fueron navegantes porque estuvieron cohibidos, encerrados en su territorio, amenazados siempre por los dueños fuertes del mar. Los rifeños y los berberiscos de la costa argelina y tunecina, tan sometidos a la influencia púnica, si sienten aun la alegría de la libertad del mar y son los mejores remeros de los cárabos, que tienen todavía silueta fenicia.

No hay rasgo ni signo en el poema que no señale una clara característica de raza inconfundible. Calipso, en la gruta, se hace servir por doncellas o esclavas, porque es rito familiar, casi ley religiosa. La servidumbre varonil no tiene libre acceso a la mansión de la señora. Se viste ella con ropajes berberiscos: túnica amplia, cinturón recamado de oro a las caderas, y no puede salir de su casa, aunque sea al campo, sin cubrirse la cabeza con un manto o velo. Tejer y cantar es todavía la tarea graciosa de la mujer anyerina. La hospitalidad es un honor de los bereberes; pero también aprovechaban al cautivo que caía en sus manos para cotizar el premio del rescate o para utilizarlo en los trabajos de la esclavitud. Aun hemos alcanzado a vivir una época muy cercana en la que los kabileños anyerinos y bokoias, sobre todo, hicieron de sus costas el más terrible peligro para los azares de la navegación. Y en Libia como en Iberia se ajustaban pactos con los viajeros y navegantes para la garantía del tránsito seguro. Y esa forma fácil del amor, que tiene el candoroso encanto de la ingenuidad primitiva, la señalan también los geógrafos antiguos como notada en los vecinos iberos.

Hermes, por la raíz de su nombre y por el desembarazo con que pudo arribar a la costa líbica, demuestra que era fenicio y de arraigo ya en el país, donde había tenido un hijo, Libi, el libio, helenizado después en Libis. Y lo prueba también por la superioridad autoritaria con que aparece en la conversación del rescate. Era fenicio y con dominio sobre tribus de Libia. Por eso pudo conseguir, amenazando, la libertad de Ulises.

No hay en toda la costa líbica de las Columnas nada que pudiera deslumbrar la imaginación de un poeta griego, como este refugio encantado—esta verdadera isla—que Dios prendió como una joya, verde y oro, en las vertientes escarpadas de la montaña. La poesía, con los ojos llenos de sol, no hubiera sabido crear un sitio como éste para divinizarlo en la rapsodia más bonita del poema. Digamos que solo aquí podía vivir Ulises el mejor amor de sus amores.

La tradición no quiso romper después su hebra de luz y se quedó prendida para siempre, como todos, en la seducción de la tierra prodigiosa: Ulises tuvo dos hijos africanos: Nausitoo y Nausinoo.

ooo

En otro artículo, que ya dimos a este demasiada extensión, recogeremos los textos probatorios del afortunado hallazgo de la gruta en Beliunex. Los más afamados helenistas—hemos nombrado a los eruditos franceses—coinciden en situar ahí la mansión de la ninfa Calipso. Es admirable su incansable labor investigadora.

No podemos cerrar esta página sin dejar citado con toda la veneración que de la cultura del mundo merece el esclarecido nombre de Victor Bérard, el sabio creador de la geografía fenicia de la Odisea, que supo hallar después de tantos siglos de misterio ese rincón tan escondido, donde fué soñada y vivida la quimera más hermosa que ha yatejido jamás la fantasía de un dios como Homero.

ooo

Sr. Don Claudio Romero, Presidente del Centro de Hijos

de Ceuta: a dos pasos de nuestra ciudad, el estudio y el trabajo de un sabio francés han descubierto la gruta encantada de Calipso. Dios, que acumuló todas las gracias de la naturaleza en la formación de la más bella plaza de Africa, la quiso adornar más con el atractivo maravilloso de un lugar divinizado por Homero.

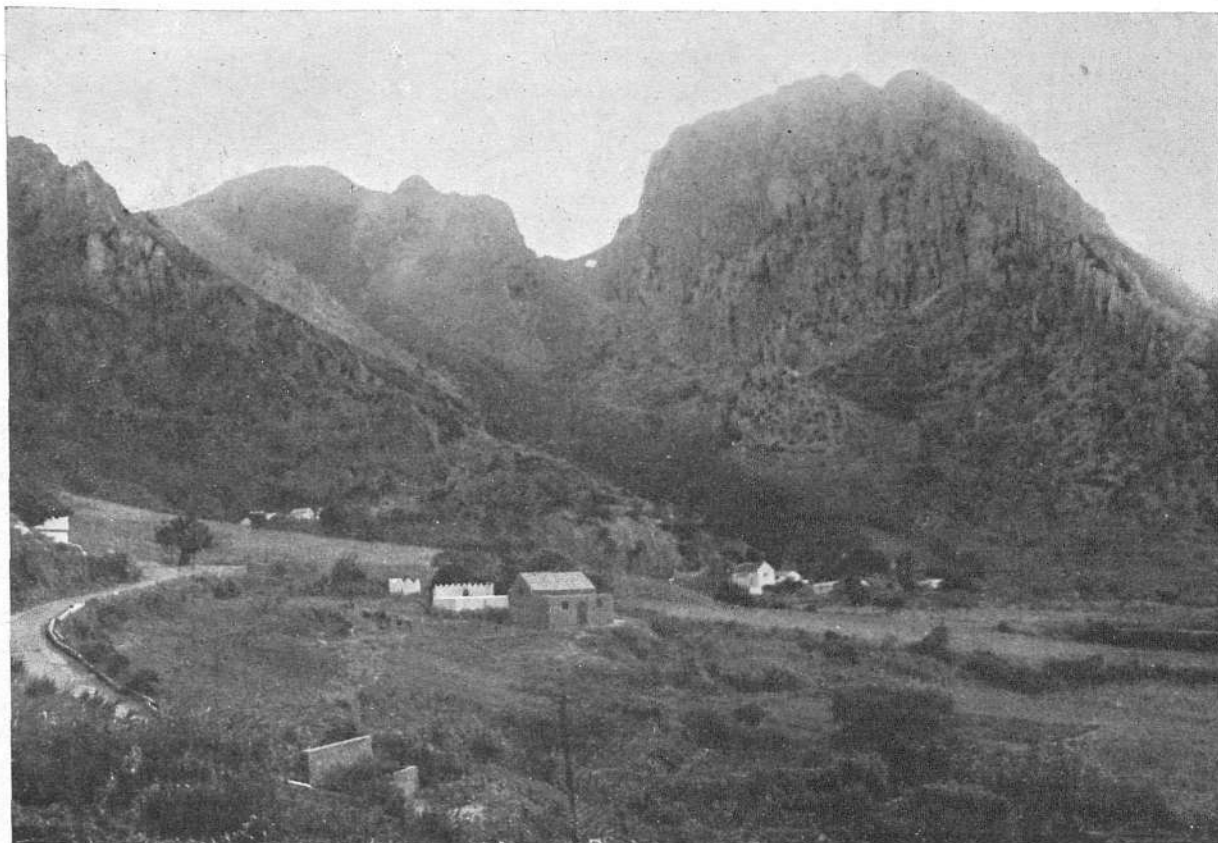
No hay en todo Marruecos nada más interesante que poder ofrecer a la curiosidad de la cultura viajera. Es como un tesoro de Ceuta. Vendrán de todas las partes del mundo los peregrinos de la ilusión a recrear el espíritu y los ojos en el sitio sagrado. Se abrirá aquí al turismo una nueva ruta que enlazará con todos los caminos de la tierra.

Pero...es preciso construir una vía ancha, como una alameda, hasta Benzú. Una calzada amplia, moderna, cómoda, que será el mejor paseo de Ceuta. Hay que colocar también junto a la entrada de la gruta una lápida escrita en tres idiomas; griego, español y francés. Hay que formar una sección en la biblioteca municipal con todo el caudal de la bibliografía homérica. Hay que prodigar la propaganda. Tirar millares de fotografías... Y hay que hacerlo todo pronto. Y todo bien, con un aire de señorío.

Nadie mejor que usted, querido Romero, para acoger y realizar la iniciativa de la empresa. Su talento, su cultura, su fé animosa, hasta su cordialidad, son prendas escogidas para asegurar un éxito.

Usted sabrá hacer, como nadie, con la cooperación entusiasta del Municipio, una obra digna de Ceuta.

Enrique ARQUES



El viejo Atlante fué convertido en esta montaña, sus huesos en piedra, su barba y cabellos en frondosas selvas, y por la voluntad de los dioses tiene que soportar el peso del cielo...



El último día de González Tablas entre sus soldados, en Beni Arós.

Ceuta ha elevado un monumento a González Tablas



CEUTA ha sabido ahora cumplir con honor, como siempre, uno de los más estimables deberes de ciudadanía: el de la gratitud. Y todavía ha ennoblecido más la virtud de su rasgo, con un gesto de hidalguía generosa. Ha saldado una deuda propia,

que casi pesaba sobre ella como una injusticia, y ha reparado una desidia ajena, que era como un agravio a todos. Ceuta ha recogido y alzado una estatua de González Tablas que estaba olvidada y escondida en el rincón de un estudio de Madrid. El artista había terminado su obra hacía mucho tiempo, y los encargados de darle el honoroso remate no aparecían por sitio alguno. La pluma de un periodista sagaz descubrió el caso y asombró a la gente, llenándonos de pesados bochorno.

Y fué entonces Ceuta la que acudió con sus brazos tendidos a salvar de la sombra y de la indiferencia la figura de uno de los héroes más populares de los que puñaron en África por la fe y la gloria de España. Porque no iba solo a dignificar un prestigio del ejército, que es también revivir el orgullo de un ejemplo en los caballeros campeadores de las armas, sino que vindicaba para su propia historia el renombre y el lustre de quien parecía hacerlo todo—luchar, vencer, morir,—por la alegría heroica de ceñir luego un laurel más en la frente de Ceuta. Porque González Tablas era ya—lo será siempre—como un hijo de Ceuta. Y para serlo más, todo quería tenerlo aquí: su fama, su amor y sus hijos. Por eso está bien donde está: a la sombra de su virgencita de África y con el afán de los ojos clavados en España, cara al mar, como un símbolo de la resistencia, “para toda la vida”. González Tablas hubiera podido ser el héroe epónimo de Ceuta.

Parecía un guerrero de leyenda. De esos mismos que hemos visto y soñado en los tiempos heroicos griegos. Iba a la lucha lo mismo que ellos debieron ir, con el gesto elegante de la distinción suprema, con el aire sencillo de un señorío de

casta elegida, con la serenidad impasible del que confía en el destino de Dios. Era un soldado cabal, señor siempre, sin tacha y sin miedo. Porque se distinguía además con los rasgos característicos de un Bayardo. Era una imagen viva de Bayardo. Su sentimiento del honor, su valor temerario, su arrogancia caballeresca, todas las virtudes militares que realizaba con su prestancia, lucían en él con los resplandores de un espejo. Infundía a su tropa una confianza fanática. Su signo era en la guerra la señal de la buena fortuna. Su guión estaba siempre el primero en la primera línea de la vanguardia. Y si alguna vez caía el ánimo, como en Sidi Fahal, porque la guerra es esto, allí estaban pronto las alas blancas de su capa para espantar al enemigo. Y en los días de triunfo va con sus moros leales a Bukardús, Rauda, valle del Mesnoa, Ben Karrich, Cudia Taba, Rehana, Kerikera, Zoco el Tlata, Tazaruten, Beni Ider y Beni Raten, Yamaa el Baita, Cudia Taimut, Zoco el Arba, Xeruta, Dar Acoba y el final glorioso de la conquista de Xauen, porque sus soldados no se cansan de ganar victorias si va delante de ellos la espada de su gran capitán... Parece imposible que se hubiera podido olvidar a un español así.

Pero hay todavía muchos motivos más de gratitud. González Tablas fué con un puñado de sus moros leales uno de los baluartes más firmes de la defensa de Melilla el año malo de 1921. Un baluarte formado con los corazones. Nada más. Porque el primer día no hubo en Melilla más que un haz apretado de corazones que se desangraban por sostener la única línea posible de la resistencia. Allí escribieron los Regulares de Ceuta con el Tercio sus páginas más gloriosas. Llegó sublime el esfuerzo heroico de todos a las cumbres de las epopeyas. Y el sacrificio no fué estéril. Se salva Melilla y se salvan entonces ¡todavía! tantas cosas de España. Melilla hubiera podido reclamar casi con el mismo derecho que Ceuta la posesión de esa estatua del héroe, porque para ella también representa su nom-

bre un timbre de orgullo en los hechos inolvidables de su vida. Porque allí también él estuvo el primero, con los primeros, en uno de los trances más angustiosos que sufriera la plaza, de tantos y tantos como llenan su historia en todos los siglos de su lucha de todos los días, desde el comienzo de la conquista. Porque el sino de Melilla ha sido siempre guerrear.

González Tablas no regateó nunca su sangre a la tierra de Africa. Sabía que es preciso empaparla para poseerla. Que si dá gloria, exige sacrificio. Que si hace héroes es a costa de

mártires. Y él— sin jamás mirar cuánta — vertía la suya al raudal inagotable de la de los otros para dominarla. La sangre fué también el precio de una bandera. Los Regulares de Ceuta, por sus héroes y sus mártires, ganaron su bandera. Y fué su color rojo tan rojo, que parecía en ella caliente y húmedo. «Se ha tenido a bien conceder al Grupo de Fuerzas Regulares Indígenas de Ceuta núm. 3 la Bandera nacional, semejante a la que corresponde a los Cuerpos de Infantería de nuestro Ejército, por haberse hecho dicho Grupo acreedor a ello, dados el entusiasmo, valor y disciplina con que ha combatido en nuestras filas...» El laconismo oficial, rígido y seco, no supo decir otra cosa. Pero ellos cogieron su bandera locos de alegría y la tremolaron ante las aclamaciones de la gente con la vanidad convencida de los que se tienen por capaces de vencer al mundo.

Y en seguida, antes del año, ya le habían colgado a la moharra las cintas preciadadas de la Medalla Militar.

Después vienen otra vez los días continuos de las victorias de Beni Arós. Y se llenan pronto las páginas del historial del Cuerpo con los nombres sonoros de una bendita tierra de nobles y santos, que eleva en lo mas alto de su sagrado Yebel Alam la tumba más venerada de Marruecos.

Gozal, Aiu Hedid, Bab Essor, Zoco Jemis, Selalen, Tazarut... Es este el camino costoso y glorioso de los vencido-

res. El 12 de mayo de 1922 llegan las tropas al pueblecito secular de los xorfes de Tazarut, donde tenía el Raisuni su último refugio, en las fragosas vertientes del salvaje Buhasen. Y aquella misma tarde de triunfo, bajo un cielo triste cubierto de nubarrones negros, cayó gravísimamente herido nuestro González Tablas. A este precio pagamos Tazarut. No olvidemos nunca lo que costó. A la mañana siguiente, muy temprano, murió el héroe. Es decir, empezó a vivir su verdadera gloria.



El glorioso fundador de La Legión, General Millán Astray.

Ceuta celebró el día 8 la inauguración del monumento a González Tablas como una de sus fiestas mejores, con la emoción patriótica de un hondo y arraigado sentimiento de devoción al héroe que tantos días de gloria diera a España.

A la solemnidad del acto asistieron S. E. el Alto Comisario, el heroico general Millán Astray, el Secretario General de la Alta Comisaría, el Delegado Gubernativo de Ceuta, el Alcalde de la ciudad y la Corporación en pleno, el laureado General Del Real, el Teniente Coronel Escámez, el Delegado marítimo, el Presidente de la Cámara de Comercio, el Jefe de Estado Mayor, representantes de la Prensa y todo el pueblo de Ceuta, que se sumó lleno de entusiasmo como siempre.

Antes de descubrirse la hermosa estatua del inolvidable jefe de nuestro ejército, el General Millán Astray, representante de la

Comisión Organizadora del Homenaje Nacional al Grupo de Regulares de Ceuta núm. 3 y a su glorioso Jefe el Teniente Coronel Laureado don SANTIAGO GONZALEZ TABLAS, pronunció este hermoso discurso:

«Señoras, señores: Saludo a su Excelencia el Alto Comisario de España en Marruecos, representante del Gobierno de la República, saludo a las altas autoridades que presiden éste acto y lo honran con su asistencia. Saludo al Alcalde y al querido pueblo de: «LA SIEMPRE NOBLE, LEAL Y

FIDELISIMA CIUDAD DE CEUTA, de la que soy su hijo titular y de todo mi corazón. Os saludo adorables niñas, hijas del glorioso y heroico soldado hispano e hijas de Ceuta.

La más grata misión que hubo en mi vida es la de hoy, en este acto solemne y conmovedor, la de entregar al pueblo de Ceuta, representado por su dignísimo alcalde don José Victori, la estatua que para honrar y enaltecer la memoria de González Tablas se adquiriera ya hace años por suscripción nacional iniciada por el Duque del Infantado, presente en espíritu y que por mi conducto envía para el pueblo de Ceuta y para su Alcalde su reverente y expresivo saludo y su reconocimiento personal como Presidente de la Comisión, por haber dado grata realidad al proyecto de rendir homenaje a la Patria, al Ejército y a los heroicos Regulares de Ceuta y a su excelso Jefe, en éste sencillo monumento, obra del insigne escultor Pérez Comendador, hoy en Roma, que con su primoroso cincel ha sabido plasmar en ésta bella escultura la expresión de la voluntad nacional.

González-Tablas: Héroe ya legendario, su nombre figura en la letanía gloriosa de los que forjaron con sus proezas la épica leyenda de la grandeza inmarcesible de España. Ayer Hernán Cortés y los Pizarro, el Gran Capitán y García de Paredes, don Juan de Austria y el Duque de Alba, Castaños y el Empecinado, Prim y Pedro Mur y ya más cerca Cadarso y Villamil, y luego en nuestros días, en ésta larga y cruenta campaña marroquí, en la que España en la marcha sublime en su órbita de grandeza singular de llevar la civilización y la cultura a la Humanidad, añade a la áurea lista de veinte naciones florecientes, sus hijas, hoy libres e independientes, el nombre de la zona de su Protectorado de Marruecos, a la que en su secular misión viene a tranquilizar, civilizar y engrandecer emparejando con ello el cumplimiento de un mandato internacional que se aviene, tan de consuno, con la generosidad española que: conquista primero, dá cultura y riqueza, y luego deja libres e independientes a sus protegidos para que gocen felices estos dones que les diera a costa de su sangre y sus tesoros. España que dominó en su ingente imperio sobre 22.000.000 de kilómetros cuadrados de la tierra ¡144 Españas de hoy!! ya solo le resta su solar primitivo. ¿Quién podrá osar ni atreverse en cualquiera obra que emprenda España a calificarla de imperialista o de explotadora interesada? España rinde así su noble cuenta ante el Tribunal Supremo de Dios y ante el de la Humanidad.

Esto hizo, esto hace y esto hará España con esta Zona Marroquí: Regándola antes con la sangre de sus soldados, volcando las arcas de su erario y esparciendo por doquier el espíritu de la grandeza de nuestra raza hispana. Y en esta gesta se simboliza el heroismo y el sacrificio de tantos miles de soldados españoles que fecundan estas tierras hermanas, en los nombres de los héroes legendarios: González Tablas, Arredondo, Valdés, y Lacruz Lacacci que son los Caballeros de la Orden de San Fernando que con la Cruz de los Héroes en sus pechos, murieron para sublimar sus conductas, ya que el soldado solo llega a la cumbre del deber cuando da su vida por la Patria.

¡Santiago Tablas!! Hermano querido, tu que fuiste espejo de caballeros y de soldados, que tu vida marchó siempre por las vías del valor, del honor, de la cortesía y del culto a la Patria, mira alegre y feliz como aquí en esta tierra, en donde nacieran estas bellísimas niñas, tus hijas adoradas, en donde tú construiste el Cuartel de Hadú, albergue de tus bravos soldados regulares y del que un día partiste a la guerra para volver solo tu cuerpo sin vida terrenal, pero con el alma ya en el Cielo. Mira como te enaltece el pueblo de Ceuta representando al pueblo entero de España y mira como van a desfilar tus viejos soldados delante de tí y como este pueblo que te aclama pasará ya perdurablemente mirándote con amor y reverencia. Y de las madres españolas escucharás, que dirán a sus hijos señalando tu estatua: «Fíjate, hijo querido, como debes portarte cuando la Patria lo requiera, imita a González Tablas, que luego el pueblo te premiará y te elevará una estatua que

será la admiración, el respeto y el ejemplo para todos. ¡Santiago!: Eres feliz: todos te envidiamos y el primero tu hermano de armas que no alcanzó a dar a la patria lo que tú tan generosamente y heroicamente diste!»

Una salva de aplausos resonó al terminar el glorioso fundador de la Legión su emocionado y elocuente discurso.

El Alcalde de Ceuta contestó al General Millán Astray, en nombre de la Ciudad, con muy sentidas palabras de fervoroso patriotismo.

El acto tuvo, además, una nota simpática y conmovedora: la presencia de dos niñas preciosas, hijas del teniente coronel González Tablas, Carmen y María Eugenia.

La mayor de ellas, Carmen, fué la favorecida por el encargo honroso de tirar del cordón y descubrir la estatua de su padre.



Estatua erigida en Ceuta al heroico Teniente Coronel González Tablas.



Flora de Tetuán y sus inmediaciones

IX

CATALOGO DE LAS PLANTAS DE TETUAN Y SUS INMEDIACIONES

M. dioica.

Entre Cabo Negro y Rincón, rara.

ANTOCARPACEAS

Ficus Carical L.

De Mers a Gorgues, Suijien, Yarguist subespontánea, rara
Dar Esquieb.

URTICACEAS

Urtic. neglecta Guss.

De Mers a Gorgues.

U. pilulifera L.

Tetuán (Pau), abundantísima y de gran tamaño a veces.
Rincón, Suijien, Kelalien, Dar Esquieb, Malalien.

U. urens. L.

Tetuán, mezclada con la anterior alguna vez. Suijien, Dar
Esquieb.

Theligonium Cynocambre L.

Beni Hozmar.

Parietaria judaica L.

Tetuán, abundantisima. Beni Hozmar (Pau), Busenal,
Samsa, Tiadar, Suijien, Yarguist, Dar Esquieb.

CUPULIFERAS

Quercus Ilex L.

Beni Sala, Busenal, Dersas, del Lazareto a Siadar, Mo-
gote, Samsa, Tamuda, Rincón, Suijien, Dar Esquieb.

Q. coccifera L.

Beni Sala.

Q. Suber L.

Frecuente en el bosque de madroños, mirtos, brezos, etc.,
Cortijo Escriña de Rincón, grandes árboles, aunque raros se
ven en dirección a Malalien.

SALICACEAS

Salix purpurea L.

Busenal, Tetuán (Pau), orillas del río Martín.

Populus alba L.

Tetuán (Pau), Orillas del río Martín, Samsa.

CUPRESACEAS

Juniperus phoenicea L.

Matorrales lindantes con el mar; entre Río Martín y Cabo
Negro.

Callitris articulata (Vahl) Murb.

Tetuán, Beni Hozmar (Pau); montañas próximas a Tetuán
en la parte alta. Benkarrich, Busenal, de Malalien a Suijien
(raro), Samsa, Zinat, cerca de Dar Esquieb, Cabo Negro.

ORQUIDACEAS

Serapias lingua L.

Dersa; en la base, Tetuán (M. M.), Gorgues, Rincón,
Samsa.

S. oculata Gay.

Torre de Mers.

S. parviflora Pavl.

Cerca del Hospital Militar. Del Fondak a Laucien. (Pau).

Ophrys fusca Link.

Dersa.

O. bombiliflora Link.

Tetuán.

O. lutea Cav.

Tetuán, Beni Hozmar (Pau), Yebel Dersa, entre Busen-
lal y Dar Esquieb.

O. rosea (Desf) Duf.

Tetuán.

O. scolopax Cav.

En la base del Dersa.

O. speculum Lk.

Tetuán, Dersa, Beni Hozmar.

O. apiifera Huds.

Beni Hozmar (Pau, M. Mart.)

O. Bertholoni Weg.

Beni Hozmar.

O. subfusca Murb.

Tamuda.

O. tentredinifera Will.

Tetuán, Beni Hozmar (Pau), Samsa.

O. tetuanensis Pau.

Yebel Dersa.

Aceras antropophora R. Br.

Cerca del Hospital Militar. Yebel Dersa. Entre Busenal
y Dar Esquieb.

A. pyramidallis Rich.

Tetuán, cerca del Hospital Militar, entre Busenal y Dar
Esquieb.

O. Simia Lam.

Yebel Dersa, Mogote, Tamuda.

Cephalantera ensifolia Rich.

Yebel Dersa.

Orchis intacta Link.

Beni Hozmar (Pau).

O. picta Lois.

Beni Hozmar (Pau).

IRIDACEAS

Gladiolus bizanthinus Mill.

Tetuán (Pau).

G. illiricus Koch.

Beni Hozmar (Pau).

G. segetum Gaw.

Colinas próximas a Tetuán, De Mers a Gorgues, Malalien,
Suijien, Kelalien, Dar Esquieb, Cabo Negro.

Romulea Bulbocodium Seb et Maur.

Malalien.

R. ligustica Parl.

Beni Hozmar (Pau), colinas de los Dersas.

Iris tingitana.

Gorgues, Tazarint (Font).

I. germanica L.

Tetuán (Pau), cementerio moro.

I. fetidisima L.

Tetuán, Beni Hozmar (Pau), Malalien, Suijien.

I. Sisyrinchium L.

Tetuán, frecuente en algunos sitios del Dersa, Blocao mar-
tillo, Mogote, Siadar, Dar Esquieb.

Dr. Joaquín MAS Y GUINDAL

Libros

Revistas

Conferencias

Remée de Hernández, EL POZO DE LOS AMORES ETERNOS. Poema oriental. Madrid 1935.

El nombre de Remée de Hernández es ventajosamente conocido de cuantos aman las letras africanas y lo que es también de los lectores de "Africa" por haber sido motivo su libro *Lain-Lah* de un juicio hecho por Juan Ortega Costa y en el que, como en otros tantos, quedaron bien de relieve la cultura y la exquisita sensibilidad de nuestro compañero. (1)

Remée de Hernández conoce bien el alma sensual y amorosa del pueblo árabe; conoce asimismo la riqueza y la armonía de sus imágenes, luminosas y bellas, que envuelven acariciándolos sus afectos; las mil facetas de su brillo, la profundidad clara y transparente de su espíritu. Convivió largamente con esa raza en Argel y quedando prendida por ella, sus conocimientos y su amor cristalizan en sus bellos libros en los que capta con devota precisión ambiente y sentimientos.

El pozo de los amores eternos, tiene transparencias y calidades de joya. Uridah y Amar, beben juntos su agua, que une para siempre a los amantes, en una noche serena del desierto iluminado por la luna; y como la virtud de esas aguas no fué desmentida, vuelven, a través de una separación imposible, de felicidad febril e inutilmente buscada, a fundirse en un solo amor eternizando en él, el triunfo de la belleza y de la juventud.

El libro es de una belleza auténtica, algo que no roza siquiera el campo de un orientalismo postizo o afectado, de bazar y muy a menudo de segunda ó tercera mano. Remée de Hernández que ha sabido conocer y valorar poéticamente un país y una raza nos adentra en ella a través de sus páginas sutiles y bellas; al término del libro nos sentimos dulcemente dominados por la emoción y la sensualidad de un pueblo que sueña y canta con pasión el amor, que adorna de imágenes policromadas y múltiples sus sueños y sus emociones.

Fidel Fernández, ABEN HUMEYA. Editorial Juventud. S. A. Barcelona 1935.

Uno de los temas que más persistentemente resaltan al estudiar desde el punto de vista militar, y aún del histórico, nuestras relaciones con los países musulmanes es el del abandono en que, desde un punto de vista de utilidad y de enseñanza, han sido tenidos estos estudios.

Las relaciones de la península con el norte de Africa son tan antiguas como la historia; más tarde la invasión musulmana y la reconquista, ocho siglo, de lucha, de relaciones de todo orden; después los corsarios, la acción española con el norte de Africa que llega casi a nuestros días con la guerra de Africa del 60 y con la guerra de Melilla del 83. Todo lo musulmán debía, pues, sernos familiar, su táctica perfectamente conocida.

Estos conocimientos los hubiéramos completado muy utilmente con el estudio de la guerra de nuestra independencia, luego con el de las guerras civiles y finalmente con el de nuestras luchas en América, cuyas campañas de Cuba y Filipinas habían ya vivido muchos de nuestros militares que tomaron parte en la Campaña de Melilla de 1909.

Sin embargo, la guerra marroquí nos cogió casi de nuevo y fué preciso que cada uno se fuera moldeando en la dura experiencia del propio fracaso o de la propia ineficacia. El hecho no puede sorprender a nadie: existía (ignoro si existe aun) una desorientación absoluta en la preparación de los oficiales, pues ni los programas de historia militar le daban una base suficiente ni les abría horizontes para que se aficionaran a esta clase de estudios. Hablábamos con orgullo de que los alemanes, los franceses, estudiaban nuestra guerra de la independencia pero nosotros seguíamos aferrados a nuestros errores y los futuros oficiales sabían de Gustavo Adolfo, de Federico, de Napoleón, pero ignoraban quien fuera, por ejemplo, un Aben Humeya, ó un Abd el Kader, antecedente obligado de un minúsculo Abd el Krin; sabían de divisiones, de masas, e ignoraban, en general, esa lucha de guerrilla, temida y dura, que iban a soportar en Marruecos cuanto abandonaran la Academia.

Nadie pensará por lo dicho que no se estiman debidamente lo que significan esos caudillos extranjeros en la evolución del Arte Militar, lo que se dice, es que en un programa español deben forzosamente de ponderarse los temas para dar cabida a cuanto se relaciona con este sistema de guerra, irregular si se quiere, pero que nos dió la victoria sobre Napoleón y que España había de sufrir en sus luchas africanas.

Si a esa falta de orientación se une la de poco amor al estudio, nada estimulado por otra parte, se comprenderá que los resultados no podían ser otros que los que fueron y que al comienzo de la campaña se hablase de Bugueand de Fritsh, de rectángulos de marcha, de grandes convoyes, sin comprender que en nuestra historia teníamos sus enseñanzas mas directas y que el terreno y el carácter que se diera a la guerra habrían de modificar fundamentalmente los dispositivos.

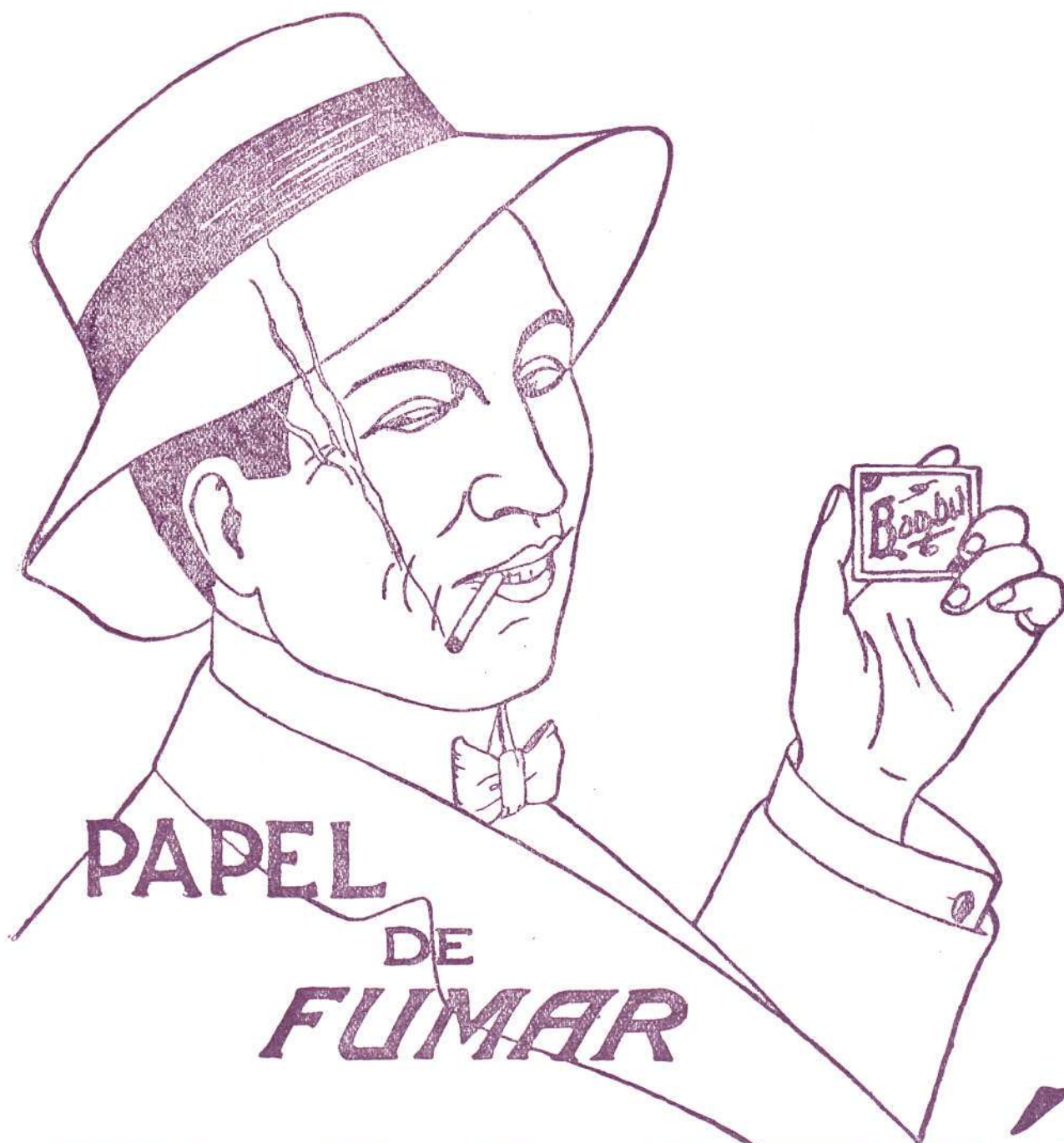
Si el vacío por el que se refiere a estos estudios es evidente, si con los años, las filas del ejército se van nutriendo de Oficiales que no tuvieron ya la experiencia directa de la guerra marroquí, si la paz de hoy puede no serlo mañana (la historia hispano-marroquí está llena de estos ejemplos), se comprende el placer con que acogeremos este *Aben Humeya*, tan bien escrito por D. Fidel Fernández, y que tanto puede servir como tema de meditación y de enseñanza, Aben Humeya (el morisco don Fernando de Valor y Córdoba, veinticuatro de la ciudad de Granada y descendiente de los Omeyas que reinaron en Córdoba), caudillo de la rebelión de los moriscos en las Alpujarras (568), y las luchas a que dió lugar esa rebelión, constituyen cuando están tratados con tanta autoridad e inteligencia, como lo hace el Sr. Fernández, a más de una lectura interesante y amena, una magnífica lección de historia militar hispano-marroquí. Nuestros oficiales aprovecharán mucho su lectura.

El prólogo de Millán Astray, preciso y certero, confirma este juicio: el hecho de que su lectura traiga a nuestra memoria tantos y tantos recuerdos de nuestra campaña marroquí, es la mejor prueba del mérito y de la utilidad del libro del Sr. Fernández. Sin olvidar el *Sid vis pacem para bellum* que debe ser pensamiento constante de todo militar.

La bibliografía, copiosa y bien elegida, completa perfectamente el valor y la utilidad de este libro.

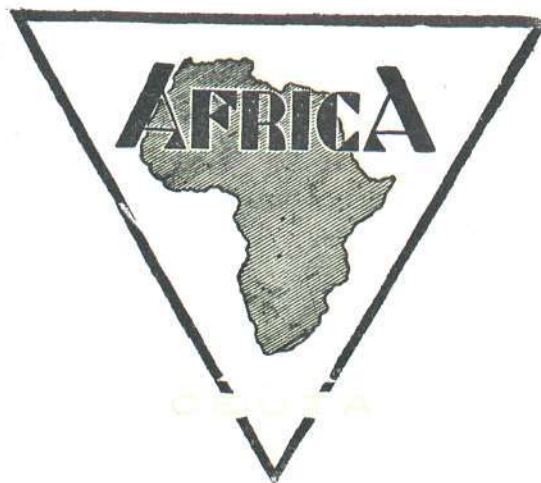
Vial de MORLA

(1) AFRICA. Junio 1927.



PAPEL
DE
FUMAR

BAMBÚ



PRECIO 1'25 PESETAS

© Biblioteca Nacional de España